

S.M./C97

SM
C^a9
12

ÁTENEEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Curso de Geografía Política. - 1908-1909

≡ ≡ ≡ ASIA ≡ ≡ ≡

Su estado geográfico-político actual.

China, Corea y Japón.

El peligro amarillo. El conflicto yanqui-japonés.

CONFERENCIAS LEIDAS POR EL PRESIDENTE DEL ATENEEO

DON ANTONIO VICTORY,

Comandante de Estado Mayor,

EN LOS DIAS 23 DE NOVIEMBRE Y 5 Y 20 DE DICIEMBRE DE 1908.

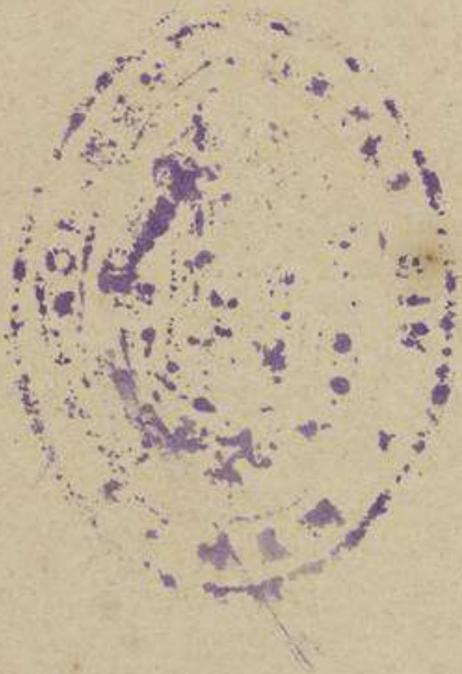


217
5-18-V

MAHÓN

Tipografía Mahonesa. - Castil'o, 25.

MCMIX



*A la Biblioteca Pública
de Madrid
El autor*

Estado geográfico-político del Asia.

China, Corea y Japón.

El peligro amarillo. El conflicto yanqui-japonés.

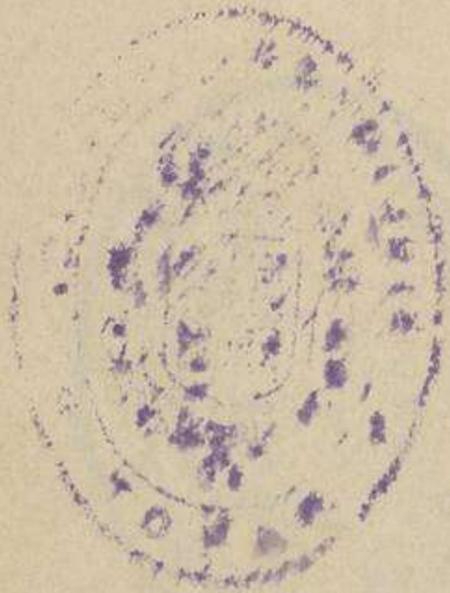


1057300
SM C^a 9 12

ATENEOS CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Curso de Geografía Política - 1908-1909

ASIA



Catálogo al n.º 332A

ÁTENEEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Curso de Geografía Política. - 1908-1909

≡ ≡ ≡ **ASIA** ≡ ≡ ≡

Su estado geográfico-político actual.

China, Corea y Japón.

El peligro amarillo. El conflicto yanqui-japonés.

CONFERENCIAS LEIDAS POR EL PRESIDENTE DEL ATENEEO

DON ANTONIO VICTORY;

Comandante de Estado Mayor,

EN LOS DIAS 23 DE NOVIEMBRE Y 5 Y 20 DE DICIEMBRE DE 1908.



MAHÓN

Tipografía Mahonesa.—Castillo, 25.

MCMIX

ES PROPIEDAD

Tirada de 200 ejemplares.

Ejemplar n.º 111

Entre las obras consultadas debo citar la memoria del Secretario General de la Real Sociedad Geográfica de Madrid don Ricardo Beltrán y Rózpide, titulada *La Geografía en 1904*, de la que he sacado la mayor parte de lo relativo á exploraciones geográficas.

PRIMERA CONFERENCIA

Estado geográfico-político del Asia

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORAS:

SEÑORES:

HACE algunos meses, en una conversación que tuve con nuestro ilustrado consocio señor Pomar, tratamos de la conveniencia de dar una serie de conferencias de geografía política, que constituyeran una sucesiva y metódica exposición del estado político actual de las diferentes partes del mundo y, especialmente, de aquellas regiones sobre las que recae hoy la atención universal, por tener pendientes cuestiones que pueden dar lugar á importantes cambios en su constitución, producir conflictos internacionales que terminen con alteraciones de límites, con nuevos dominios ó con preponderancias nuevas sobre mares ó regiones determinadas. A la vez deberían exponerse en estas conferencias los resultados de las exploraciones y estudios geográficos más recientes y los progresos de la moderna civilización en los países que se han mostrado más ó menos refractarios á ella.

Todos nosotros hemos estudiado geografía; pero esta ciencia adelanta, como todas, y ya no es una sencilla descripción de la Tierra, como era antes, sino que ha entrado de lleno en la fase científica, y es hoy el conocimiento razonado de cuantos

fenómenos acaecen en la superficie del planeta y de las relaciones que existen entre el ambiente y las condiciones físicas terrestres, por una parte, y los organismos todos, por otra, que viven en ese ambiente y están sometidos á la acción de esas condiciones físicas. Es innegable, por tanto, la influencia de los hechos geográficos en la evolución histórica. Por estas razones, sin duda, se presenta á la Geografía como la puerta de las ciencias físicas y la llave de las ciencias históricas.

Todos los días leemos en los periódicos noticias relativas á las cuestiones internacionales que preocupan al mundo. Tenemos, entre otras, en Europa la cuestión de Oriente; el predominio del Japón en Asia; las opuestas influencias de este Imperio y de los Estados Unidos en el Pacífico; los conflictos de Marruecos, en Africa; y los continuos rozamientos entre las jóvenes repúblicas del Nuevo Mundo. Es siempre conveniente reunir y sintetizar estas noticias, deducir de los hechos consumados consecuencias prácticas para las diversas actividades de la vida, depurar las que se refieran al porvenir y preveer las contingencias que puedan acarrear, á fin de estar prevenidos, cada uno en la esfera de su acción, para resistir y aprovechar los resultados de los conflictos que se presenten.

Toda persona ilustrada debe, pues, estar al corriente del estado geográfico-político del mundo. Las consideraciones expuestas nos afirmaron en la conveniencia de estas conferencias. Perdonad el atrevimiento de que, sin condiciones suficientes para ello, las inicie yo; sólo es disculpable este atrevimiento por mi deseo y mis esperanzas de que respondan á esta iniciativa mia ateneistas con mejores aptitudes, que traten algunas de las importantes cuestiones indicadas, ú otras, que nos den á conocer el estado geográfico-político actual de alguna parte del mundo ó de alguna región en particular.

El Asia, cuna del género humano, es la más vasta de las partes del mundo; su extensión superficial es de 42 millones de kilómetros cuadrados, poblados por 840 millones de habitan-

tes. De su seno salieron las naciones que han poblado y conquistado los demás países, así como también tuvieron en ella origen las ciencias, las artes y las ideas religiosas que civilizaron el Occidente. A pesar de esto, muchas de sus regiones no han dado un solo paso en la senda del progreso y otras han retrogradado. Sin embargo, el Japón ha entrado desde hace poco tiempo en una nueva era y la civilización realiza en aquel país notables adelantos. La China parece querer seguir su ejemplo y empiezan á introducirse en ella los usos europeos.

El comercio es muy activo en el Japón, en el interior y en algunos puertos de la China, en las costas de la India, Arabia y Persia, en la península de Malaka y va desarrollándose en el interior del Indostán, la Siberia y otras regiones, merced á los ferrocarriles que se construyen, llegando ya á setenta mil kilómetros la longitud total de los que se hallan en explotación en Asia. La agricultura está en estado floreciente en los países más poblados, como la China propia y el Japón; en los demás está en el mayor abandono.

Esta parte del mundo presenta ejemplos de casi todas las formas de gobierno: desde el *despótico* en los países mahometanos de la región occidental, hasta el *patriarcal* en algunas tribus nómadas del interior. La *teocracia* se practica en el Tibet y en parte de la Arabia. El *feudalismo* impera entre los Kalmukos, Mancheves, Mongoles y en algunas naciones del Cáucaso. El Japón es una monarquía constitucional, con sus cámaras de *pares y representantes*.

Las principales religiones que se profesan en el Asia son: la *mahometana*, en toda la región occidental; el *Buhdismo* y la *filosofía de Confucio*, en la región oriental; el *Chamanismo*, que se relaciona con el buhdismo, en algunos países del N.; y el *Brahmanismo* en la región meridional. En Asia nacieron también el *Judaismo* y el *Cristianismo*. Sólo hay cristianos, y en corto número, en la Turquía Asiática, en las inmediaciones del Cáucaso, en la Siberia y en el Indostán; pero los misioneros propagan activamente el cristianismo en la China y en la Indo-China. Existe en la Persia y en el Indostán un gran número de

parsis ó *guebros* (adoradores del fuego); pero es reducido el de los *sabeos* ó adoradores de los astros, tan numerosos en otro tiempo en el O. del Asia.

Sabido es que no hay frontera natural entre Europa y Asia. Las tierras orientales de aquella y el centro y gran parte de la zona occidental asiática constituyen una misma región, desde el punto de vista de la naturaleza y formas del terreno; es lo que se ha llamado *Eurasia*.

La geografía de esta extensa comarca del antiguo continente se ha enriquecido en estos últimos años con interesantes estudios, hechos por el explorador ruso príncipe de Kropotkin.

La mayor parte de la Eurasia, es decir, el Turquestán oriental, la Mongolia central, la depresión aralo-caspio y el S. O. de Siberia se van secando poco á poco. Se trata de un hecho geológico en actividad continua desde el fin del período glacial. Las aguas se evaporan ó se filtran, los desiertos se extienden, los dominios de la agricultura se reducen gradualmente.

Las modernas exploraciones aportan numerosos y evidentes testimonios de este fenómeno de desecación. Los desiertos de hoy fueron en tiempos históricos territorios poblados. Al pié de las montañas que rodean el Turquestán oriental, en el desierto de Takla-Makan, se han descubierto ruinas de monasterios y de ciudades, huellas de canales de riego y de grandes caminos. En el O. del Asia central hubo un inmenso mar, del que son restos el lago Aral y el mar Caspio. Las llanuras bajas de Siberia son antiguos golfos del Océano Artico. En medio del Asia central hay también regiones con señales bien claras de la preexistencia de enormes lagos; tales son la zona de los lagos del Tibet, los pantanos de Tsaidam, la depresión del Lob Nor. La desecación alcanza por el O. á las estepas del Caspio, al valle inferior del Volga, á gran parte de la Rusia europea. Hace ocho ó diez siglos en la Rusia del N. y del Centro había muchos más lagos y pantanos que hoy.

Los hechos geológicos y geográficos acaecidos durante el período post-glacial en que vivimos dan la razón de los hechos

históricos. Esas tierras de la Eurasia fueron el asiento primitivo de las razas que, en sucesivas invasiones, poblaron ó repoblaron el E. y S. de Asia y la Europa. No fué el exceso de población la causa determinante de las emigraciones; era la sequía, la pérdida de condiciones de habitabilidad en aquel suelo, lo que obligaba á buscar otro más propicio para la vida.

La acción de la naturaleza que seca, inutiliza tierras, puede contrarrestarse con la acción del hombre. En la Eurasia, la obra humana de rejuvenecimiento está representada por Rusia. A medida que se tienden los carriles de acero sobre aquel árido suelo, se van modificando las condiciones económicas del país.

Desde septiembre de 1904 se halla terminada la línea férrea de Oremburgo á Taxkent y están en comunicación directa la Bujaria y el Turquestán con Moscou y San Petersburgo. Esos ferrocarriles promueven la creación de ciudades y canales de riego en estaciones de las líneas, la explotación de minas, el cultivo del algodón en los oasis turaníes, las plantaciones en la estepa, en suma, riqueza, mayor vida, civilización en aquellas estériles y despobladas regiones que fueron cuna de tantos pueblos.

Otra gran vía que forma ya parte del sistema de circulación de la riqueza universal, es el famoso transiberiano. No ha satisfecho ese ferrocarril todas las necesidades ó aspiraciones de los rusos desde el punto de vista político y estratégico. Insuficiente para atender á las exigencias de la guerra moderna, en una campaña emprendida con tan poderosos elementos como la ruso-japonesa, continúa y continuará, sin embargo, avivando las fuerzas productoras de Siberia. Inmenso territorio, casi la tercera parte de Asia, ha entrado con esa línea en relaciones directas con Europa. Ella provocará acaso una gran competencia, como todas las competencias, favorable en último término al bienestar del hombre, porque esas frías regiones no sólo dan preciosas pieles y preciosos metales, sino que son capaces de producir enormes cosechas de cereales con mucho menos es-

tuerzo y gasto que en las cansadas tierras de Europa. La superficie de tierras cultivables en Siberia equivale á seis ó siete veces la extensión superficial de España.

La locomotora acaba de penetrar también en una de las regiones de Asia más refractarias á la moderna civilización. El verano último se ha inaugurado la sección Damasco-Medina de la línea turco-arábica, que ha de unir Constantinopla con la Meca, la ciudad santa de los mahometanos, y donde, como es sabido, está el sepulcro del profeta. Esta línea ha de tener un ramal de Dera á Haifa, en la costa del Mediterráneo, cerca del cabo Carmelo. Los ingleses tienen otra línea en proyecto en la costa oriental de la Arabia, desde Kueit hacia el interior. Será la prolongación del ferrocarril de Bajdad, de que luego hablaré.

El ferrocarril turco-arábico es una de las obras de ingeniería más grandes acometidas por el genio del hombre, y que, por las dificultades de todo orden vencidas para construirlo, bien puede equipararse al Transiberiano, al Trasandino ó al del Cairo á El Cabo. La línea, que se ha construido con capitales aportados, casi en su totalidad, por creyentes mahometanos, corre paralela al Mar Rojo, á través de un verdadero caos de montañas y desiertos. Hoy llega la locomotora á Medina y de aquí á un año la Meca estará en comunicación directa con la capital del imperio otomano, y, por tanto, con el corazón de Europa. Los peregrinos y las caravanas comerciales ya no tendrán que realizar expediciones penosísimas á través de los desiertos de la Arabia Feliz, para tocar en las ciudades de Jerusalén, Kelaa, Medina y la Meca. De la importancia política que ha de tener el ferrocarril en que nos ocupamos, puede tenerse idea, sabiendo que merced á él, podrá poner Turquía á las puertas de Egipto, en brevísimo tiempo, medio millón de soldados.

Desde el punto de vista político, continúa en la Arabia el sentimiento tradicional de oposición al poder otomano. Los guahabitas, principalmente, sostienen una lucha continua contra las autoridades y las tribus sometidas á Turquía.

Rusos é ingleses se han disputado hasta hace poco el predominio comercial y político en Persia, habiendo deslindado sus zonas de influencia el tratado de 30 de agosto de 1907, de que luego he de hablar. Los ingleses abrieron camino de Quetta á Nuxki y á Mexhed (ferrocarril entre los dos primeros pueblos). Inglés es también el telégrafo de Teherán á la frontera del Beluchistan. En la Persia meridional procuran asimismo abrir caminos desde el Chat-el-Arab hacia Ispahan y Teherán. Sus cruceros navegan por el golfo Pérsico y estacionan en sus puertos; establecen nuevos consulados en las poblaciones de alguna importancia, y por todas partes se encuentran misiones que se titulan comerciales, pero que están dirigidas por oficiales del ejército de la India. Una de estas misiones, la del Luristán, ha tenido un fin trágico; atacada por una tribu rebelde, fué muerto su jefe, el coronel Douglas.

Intentaron los ingleses hace pocos años apoderarse del principado de Kueit, en la costa N. O. del golfo Pérsico: no cejando en su propósito de tomar posiciones en dicho golfo, en agosto de 1904 izaron su pabellón en las islas Abu-Muza y Tumb, famosas por sus pesquerías de perlas y situadas cerca y al O. del estrecho de Ormuz. Pero el gobierno persa no lo toleró y no hubo más remedio que retirar la bandera.

Desde hace poco existe en Persia el gobierno constitucional; pero revueltas continuas, perturban el régimen del país.

En octubre de 1904 se inauguró otro importante ferrocarril, el de Bagdad, en su primera sección, entre Konia, término de los ferrocarriles de Anatolia, y Bulgurlu. La línea ha de continuar al E. del Taurus y por la orilla derecha del Tigris, hasta Bagdad, y después por Sobeir á Basora. Tendrá cuatro ramales, que unirán la línea principal con Alepo, Orfa, la frontera persa y un puerto del golfo Pérsico, probablemente Kueit.

La concesión de este ferrocarril fué obtenida por una empresa alemana. Con ella Alemania ha de robustecer el prestigio y la influencia, que, por otros medios, va ya ganando en los do-

minios europeos y asiáticos del imperio turco. Es este ferrocarril una de las actuales preocupaciones del emperador Guillermo. La obra es de gran importancia desde el punto de vista internacional, porque abre comunicación directa entre Europa y las Indias. Desde Haidar, al S. de Escrútari, casi frente á Constantinopla, se podrá ir en ferrocarril hasta el golfo pérsico, y es muy probable que la mayor parte de los viajeros que hoy van á la India por el canal de Suez, prefieran tomar la vía férrea para reducir el trayecto por mar y llegar á su destino unos cuantos días antes que por la vía marítima.

La India ha sido en todo tiempo una región privilegiada, cuyas riquezas han excitado la codicia de los pueblos de Occidente. Los caminos comerciales que la unian antiguamente á Europa, atravesaban la región del Tigris y el Eufrates, la Siria ó el Egipto. Vasco de Gama los sustituyó á fin del siglo XV por una vía marítima nueva, rodeando el continente africano. La inauguración del canal de Suez en 1869 ha abierto el camino que siguen hoy día los navíos para ir á la India y al Extremo Oriente. Por el ferrocarril de Bagdad podremos volver á la India atravesando las regiones que seguían las antiguas rutas.

A pesar de aproximarse la población de la India á la quinta parte de la total del globo, la población inglesa no pasa, sin embargo, de 100.000 individuos. Descontando las tropas europeas, no quedan más que unos 36.000 colonos ingleses en este vasto Imperio de la corona de Inglaterra.

No debe esto sorprendernos: el inglés no puede aclimatarse en la India; durante el verano, húmedo y mal sano, las guarniciones son trasladadas á sanatorios levantados en alturas, donde la temperatura es más fresca; el Gobernador de la India se establece en Simla, á 2.160 m. de altitud, en las vertientes meridionales del Himalaya. Los niños, hijos de ingleses, nacidos en la India, son enviados á Europa en cuanto dejan sus nodrizas: el clima les sería funesto. Esta colonia pertenece, pues, á la variedad de colonias que se llaman de explotación.

Lo que ha facilitado la conquista de la India á los europeos, y lo que mantiene hoy día la dominación inglesa, es la variedad de razas que pueblan este país, la diversidad de lenguas que hablan y de religiones que practican. No puede haber entre ellas solidaridad nacional.

Los ingleses han sabido utilizar las rivalidades de los estados indígenas para someter unos con auxilio de los otros; han asociado á la defensa del país contingentes indígenas y han dejado subsistir la independendencia nominal de Estados que se limitan á vigilar. Asi es como un pequeño número de ingleses basta para la dominación efectiva de este extenso imperio.

La India comprende tres especies de territorios: las provincias directamente administradas por funcionarios ingleses, los estados protegidos y los estados independientes ligados á Inglaterra por tratados.

Se cuentan unos 800 estados protegidos, de dimensiones muy diversas; los de Nizam, Radjputana, Mahrattas y Mysore, son los más importantes. Tienen sus respectivos ejércitos, pero su política está vigilada por residentes ingleses.

Los principales estados independientes son el Cachemira, el Nepal y el Bután, ligados, sin embargo, á Inglaterra por un tributo ó por tratados. En el Nepal, entre los gurkos, es donde se reclutan los mejores regimientos del ejército indígena de la India.

La dominación inmediata de la India se extiende sobre más de 200 millones de individuos; á la acción de la Compañía de las Indias substituyó, desde la insurrección de 1857, el gobierno directo de la metrópoli. El ministro de la India es uno de los principales miembros del gabinete inglés. El rey de Inglaterra lleva el título de emperador de las Indias.

Los portugueses, que descubrieron el camino de las Indias, no conservan de su antiguo imperio colonial más que algunas factorías: Goa, Damao y Diu son las más importantes.

Desde el tratado de Paris de 1763, sólo tiene Francia en el Indostán cinco factorías ó residencias: Pondichery, Mahé, Karikal, Yanaon y Chandernagor.

Los caminos de hierro, los canales de riego, los progresos de la agricultura, del comercio y de la industria han contribuido á extender la riqueza en la India; el desarrollo de los medios de comunicación ha permitido combatir con éxito las plagas del hambre.

En el orden de las exploraciones geográficas, se ha resuelto recientemente el problema, ha tiempo planteado, acerca de las alturas culminantes del Himalaya. Según unos, Everest y Gaurisankar eran nombres de una misma montaña, la más elevada del globo; según otros, designaban dos picos diferentes. Ahora, después de los trabajos del capitán Wood, enviado por el *Indian Survey* al Nepal, se sabe ya que Everest y Gaurisankar son dos montes distintos, á 57 Km. uno de otro. El Gaurisankar tiene 7.143 m. y el Everest 8.845.

Desde 1854 el gobierno inglés se dedica con perseverancia á desarrollar la instrucción entre los indígenas; pero por un efecto contrario al que se esperaba, aumenta con la instrucción la antipatía de los indios hacia sus dominadores. Existe sobretudo entre los bengaleses una clase instruída, la de los *babous*, que se vengan de su forzada servidumbre con una oposición que empieza á abrirse camino en la prensa indígena, á la cual los ingleses dejan entera libertad. Al propio tiempo se reúnen en *Congresos*, donde los indígenas formulan reclamaciones, llegando algunos á pedir la autonomía.

El sostenimiento de esta inmensa posesión impone á Inglaterra grandes sacrificios, empezando por haber sido preciso sembrar de estaciones inglesas los caminos que conducen á la India, para vigilar la política de Turquía y de los estados del Irán y retardar los progresos de Rusia en el Asia Central, contenidos hoy por el tratado de 1907. Inglaterra mantiene en la India un ejército de 64.000 europeos y de 134.000 indígenas, reorganizado en estos últimos años por lord Kitchener. Pero de estos 200.000 hombres, una gran parte está estacionada en las presidencias de Madrás y Bengala, es decir, lejos de la frontera. Entre los regimientos indígenas, los que proceden de las provincias del Sud son poco aptos para la guerra; y únicamente

los sikhs y los gurkos estarían en estado de luchar contra europeos. Se considera que tan sólo dos cuerpos de ejército podrían ser empleados útilmente en la defensa de la India.

Sería injusto negar el carácter grandioso de la obra realizada por los ingleses en la India desde hace un cuarto de siglo. Pero su solidez inspira dudas justificadas. Los mismos ingleses no se hacen ilusiones acerca de los sentimientos de los indígenas. Entre gobernantes y gobernados hay un gran abismo, aumentado desde la última revolución. Los indígenas más inteligentes reconocen los beneficios del gobierno inglés; pero el pueblo prefiere ser mal gobernado por sus jefes, que bien administrado por los ingleses.

Tal es la situación actual de la India con relación á Inglaterra.

El nombre de Indo-China indica el carácter que ofrece la civilización de la península sud-oriental del Asia. La influencia india ha prevalecido largo tiempo en su parte occidental: los birmanes y los siameses emplean los caracteres indios en su escritura; sus templos budhistas llevan con frecuencia en bajo relieve las figuras de Brahma y de Siva, con la flor del loto. Los chinos han dominado sobre todo en la parte oriental; los soberanos de la Indo-China recibían de Peking su investidura; los annamitas emplean la escritura china y los chinos forman aun un elemento importante de la población.

La Indo-China se divide políticamente entre los ingleses al O. y en la extremidad de la península de Malaca, el reino de Siam en el centro y la Indo-China francesa al E. Al N. y al E. del reino de Siam, algunas poblaciones, como los Shaus y los Laos, son de hecho casi independientes.

La Birmania inglesa se halla atravesada por el gran río Irawaddi, que no está aún explorado más que en parte, y es navegable hasta Bhamo, centro importante donde llegan las caravanas chinas del Yun-nan, y cerca del cual se recogen los rubíes y záfiro de la alta Birmania. Pasa luego por la última

capital de este reino, Mandalay, cerca de las antiguas capitales Amarapura y Ava. Está servido por grandes vapores de la próspera *Irawaddy Flottilla Company*, y desemboca por Rangoon, el primer puerto de todo el imperio anglo-indio por el comercio de arroz.

El Salouen es otro gran río de esta región, cuyo curso superior no es tampoco enteramente conocido. Sirve en parte de límite entre Birmania y Siam, y por su valle se piensa ganar el Yun-nan por un camino de hierro, del que existe ya un trozo, el de Mandalay á Kunlon.

La península de Malaca, próxima al ecuador, cubierta de bosques y juncales en los que pululan las fieras y los insectos malsanos, es muy rica en los distritos ocupados por los ingleses, que explotan plantaciones de café, cacao, tabaco, añil, pimienta, y sobre todo por las minas de estaño del Perak, las más abundantes del mundo. El conjunto de las posesiones inglesas lleva el nombre de Establecimientos de los Estrechos y su capital, la hermosa ciudad de Singapour, es una de las primeras estaciones comerciales del globo.

La parte de la Indo-China francesa limítrofe con la Birmania inglesa, está separada de ella por el Mekong, otro gran río que, como el Irawaddi y el Salouen, es poco conocido en su curso superior. Hasta ahora han sido descritos 3.000 Km. de este río por la expedición francesa de Doudart de Lagrée y Francisco Garnier (1866-1868), completando después estos estudios la del Dr. Harmand y más tarde la del príncipe Enrique de Orleans y de M. Roux (1895). Después de atravesar el Laos, el Mekong forma la frontera franco-siamesa y llega á Louang-Prabang, cedido á Francia por Siam en 1893; siguen luego una serie de rápidos ó sa'tos infranqueables, que se han contorneado por un trozo de camino de hierro, en cuyas inmediaciones hay ricos yacimientos de oro y donde se concentran los productos del Laos inferior; atraviesa después el Camboya, colocado bajo el protectorado de Francia y la Cochinchina francesa, terminando en un vasto delta. Para formarse idea de la anchura de estos ríos, puedo decir que he remontado yo uno de los brazos

del Mekong, el Saigon, hasta 55 Km. de su desembocadura, en un trasatlántico de 8.000 toneladas, que viraba en aquel sitio con la misma facilidad que pudiera hacerlo en nuestro puerto.

En Indo-China trabajan con empeño los geógrafos y los funcionarios administrativos para perfeccionar y ampliar los conocimientos que ya se tienen del país.

El capitán Cottés ha llevado á cabo, desde 1901, trabajos topográficos y geodésicos en el alto Tonquin y Cochinchina; ha hecho 3.000 Km. de nuevos itinerarios, avalorados con numerosas notas, vocabularios, croquis y fotografías de los pueblos del interior (tais, jas y meos). Con las expediciones de Cottés han dado un gran paso la topografía y la etnografía de la Indo-China.

Paul Patté, que exploró el interior del país habitado por los mois independientes de la Cochinchina y del Annam, ha levantado un itinerario en escala de 1 por 50.000 y recogido notas sobre la población y el terreno, formando además el censo de las aldeas visitadas, muchos de cuyos jefes prestaron juramento de fidelidad á Francia.

El Capitán Billes ha explorado los valles superiores de los afluentes del Mekong, y ha descubierto un paso, el collado de Mu-Dia, de 250 m. de altitud, y por consiguiente un camino á través de la cordillera annamítica entre el Mekong y el mar. Por este collado puede pasar el ferrocarril que enlace directamente, por línea interior, la Cochinchina con la red del Tonquin.

Están en construcción, más ó menos adelantada, los ferrocarriles autorizados por la ley francesa de 25 de diciembre de 1899, que son cinco líneas. La Compañía de los ferrocarriles de la Indo-China y del Yun-nan ha comenzado ya los trabajos de la línea de Hay-fong á Lao-kay.

La labor geográfica, científica y económica de Francia en Indostán se complementa con la acción política.

Por tratado subscripto en 13 de febrero de 1904 se modificó la frontera entre Siam y los dominios franceses. Ambos go-

biernos se comprometen á facilitar la construcción de un ferrocarril entre Pnom-Penh y Battambang.

Dos de los reyes protegidos de Francia, á quienes había favorecido el tratado, murieron el mismo año 1904: el rey de Luang-Prabang, Zacarino, y el rey del Camboya, Norodom I.

Otro tratado franco-siamés, de 23 de marzo de 1907, establece y afirma las relaciones entre ambos estados, sobre una base de sinceridad y de confianza, que ha sustituido á la política de desconfianza y de intrigas que habían sufrido mutuamente durante largo tiempo. Este tratado, que parece garantizar por ahora la independencia de Siam, ha permitido al rey Chulalongkorn efectuar un viaje por Europa, que hacia tiempo deseaba emprender, y ha dado ocasión á Francia de saludar en su persona un príncipe que sólo ambiciona el progreso de sus estados.

Es el reino de Siam el único de alguna importancia más allá del Ganges, exceptuando la China, que ha logrado hasta ahora mantener su independencia. Sin embargo, situado entre las posesiones francesas y los territorios ingleses, está dividido entre las dos influencias rivales. Ambos estados europeos se esfuerzan para obtener concesiones de trabajos públicos y consulados en los principales centros comerciales. Pero la influencia dominante en Siam no es de los europeos, es de los chinos, que forman el tercio de la población del reino y son sus verdaderos dueños. Los cuatro quintos de los barcos que entran en Bangkok son juncos chinos; éstos ejercen todos los oficios, exportan el arroz, explotan los bosques y son los más temibles adversarios del comercio inglés. El reino de Siam, mientras llega el momento de convertirse en un protectorado europeo, es en realidad una colonia china.

El convenio franco-inglés de 8 de abril de 1904 (uno de los hechos de geografía política moderna más importantes), que resuelve varias cuestiones entre ambos estados en las diferentes partes del mundo, determina sus zonas de influencia en el reino de Siam.

Según dicho convenio, queda reconocida como zona de influencia francesa la de los territorios situados al E. de la cuenca de Me-nam. La del O. es zona de influencia inglesa. Por consiguiente, todos los territorios siameses situados al E. y S. E. de la citada cuenca y las islas adyacentes, quedan sometidos á la acción política indirecta de Francia; las posesiones de Siam al O. de dicha zona y del golfo de Siam, comprendidas la península malaya y las islas adyacentes, caen bajo la influencia de Inglaterra.

El Tibet, aunque tributario del Celeste Imperio, merece ser tratado independientemente, por sus relaciones geográficas con los países limítrofes por el S. y por sus relaciones políticas con Rusia é Inglaterra.

Es país de gran valor estratégico y político, como prolongación de la India al N. del Himalaya y excelente base de operaciones contra China.

En el verano de 1903 envió Inglaterra una misión diplomática al Tibet, dirigida por el coronel Younghusband, con objeto de negociar con representantes del Dalai Lama sobre cumplimiento de anteriores estipulaciones de índole comercial. En realidad, el propósito de los ingleses era abrir fácil camino de la India al Tibet.

El gobierno de Lhasa supo que aquellos habían emprendido trabajos para construir camino desde Sikkim á Jambayong, y que acompañaban al coronel Younghusband tropas y algunos cañones; declaró entonces que se negaba á toda discusión, en tanto que hubiera soldados ingleses en territorio tibetano. El Gobierno inglés de la India, resuelto á no perder la ocasión de tomar buenas posiciones y ganar prestigio en aquel país, tan refractario á su influencia, organizó una verdadera expedición militar á las órdenes del general Macdonald.

La campaña fué larga y penosa, por la rudeza del clima y las malas condiciones del país para las marchas y aprovisionamientos; pero se pudo vencer la resistencia de los tibetanos, y el 3 de agosto de 1904 entraron los ingleses en Lhasa, acam-

pando frente á los famosos monasterios búdicos. El Dalay Lama huyó hacia el N. y el coronel Younghusband tuvo que tratar con el regente y con los altos funcionarios.

El 7 de Septiembre se firmó el tratado que obligaba á los tibetanos á abrir al comercio varios mercados y á pagar, en plazos, una indemnización de guerra, ocupando entretanto los ingleses el valle del Chumbi. Sin consentimiento de la Gran Bretaña el Tibet no podría ceder á nadie territorio; ninguna otra potencia podría inmiscuirse en los asuntos del país, ni podría hacerse á extranjeros concesión alguna de ferrocarriles, telégrafos ó minas. El Tibet debía, pues, seguir cerrado para toda influencia extraña, menos para Inglaterra.

Ya veremos luego como modifica algo estas condiciones el reciente tratado anglo-ruso.

De los resultados geográficos de esta expedición dió noticia el mismo coronel Younghusband en conferencia expuesta ante la Real Sociedad Geográfica de Londres.

Dista mucho de la realidad la idea general que del Tibet se tiene, considerándolo como país pobre é inhospitalario. Aparte la zona desierta, es tan rico, por lo menos, como el Nepal ó el Cachemira. Los valles en que están Lhasa y Gyangtse, así como el valle del Bramaputra se hallan muy bien cultivados. La ciudad santa, la misteriosa Lhasa, se encuentra en un valle encantador, sembrado de árboles y de cultivos, en las orillas de un río, tan ancho como el Támesis en Westminster, deslizándose al pie de montañas que se van elevando hasta alcanzar con sus cumbres la zona de las nieves perpétuas.

Con autorización del consejo de magnates tibetanos, un grupo de oficiales ingleses, dirigido por el comandante Rawling, ha podido remontar el Bramaputra hasta Gartok, volviendo á la India por Simla. Esta expedición recorrió más de 1.000 millas en el Tibet, siendo bien recibida en todas partes. Uno de los oficiales, el capitán Ryder, ha hecho trabajos topográficos y geodésicos en un extenso territorio del curso del Bramaputra, lagos adyacentes, fuentes del Indo y el Sutley.

La misión del Tibet ha sido, pues, fructuosa para la Geografía.

En 18 de noviembre de 1904, una viajera, Fanny Bullock-Workmann, dió una conferencia en la Sociedad Geográfica de Paris, acerca de las exploraciones que con su marido hizo en 1903 en los glaciares del Kara-Korum, al N. O. del Himalaya.

En una primera campaña, en 1902, los esposos Bullock, en compañía del Dr. Oestreich y algunos guías de los Alpes, habían visitado el Chogo-Lugma, glaciar de 46 Km. de largo. Volvieron á él en 1903, después de haber explorado el de Hoh-Lumba. Alcanzada la cuenca superior del Chogo, ascendieron hacia los picos que se alzan sobre esta masa de hielo. La señora Bullock llegó hasta los 6.680 m., la mayor altura del mundo hollada por pies de mujer. El Sr. Bulloch, con uno de los guías italianos, subió hasta los 7.152 m.

También se conocen ya los detalles y resultados de la excursión que hicieron en los últimos meses de 1903 los señores Crosby y capitán Anginieur, yendo del Fergana al Cachemira por el desierto de Takla Makan y el Kara-Korum. Recorriendo aquella región desierta y salvaje, que separa los imperios de Rusia y de Inglaterra en Asia, se comprende cuantas dificultades ofrece la comunicación entre los dominios de una y otra potencia.

Al tratar de algunos de los países en que nos hemos ocupado hasta ahora, hemos visto frente á frente los intereses opuestos de Rusia é Inglaterra. Su antagonismo en Asia ha sido objeto de inquietudes generales desde hace un siglo. El tratado anglo-ruso de 30 de agosto de 1907 ha puesto fin á este estado de cosas.

El tratado anglo-francés de 8 de abril de 1904, ya citado, el anglo-japonés de 1905, el anglo-chino de 1906 y el anglo-ruso de 1907, constituyen un conjunto de acuerdos debidos á la alta iniciativa del rey Eduardo VII, y deben ser considerados como las mejores garantías de la paz mundial. No hay monarca en Europa que haya hecho por esta paz lo que el actual rey de Inglaterra, á diferencia del emperador Guillermo, cuyos conti-

nuos actos y manifestaciones, así como el incesante aumento de los elementos militares de su nación, parecen desafiar al mundo entero.

El acuerdo anglo-ruso de 30 de agosto de 1907 resuelve y determina delicadas cuestiones de fronteras, origen de tensiones, dificultades y gastos para los dos países. Legaliza las posiciones que ocupaban de hecho en el Asia central Rusia é Inglaterra. Abandonando el antiguo sistema que condujo á estas dos potencias á anexiones indefinidas, á gastos crecientes y á la inmovilización de considerable parte de sus fuerzas en Asia, inaugura una política que demuestra un sentido más práctico de sus intereses, y funda entre ellas una paz duradera.

Al mismo tiempo que se firmaba el tratado anglo-japonés de 30 de agosto de 1905, el Gobierno inglés procuraba disipar las inquietudes de aquellos que, entre los rusos, veían en esta alianza una amenaza, y procuraba una inteligencia entre Inglaterra y Rusia. Algún tiempo después, en Algeciras, en los intervalos de las sesiones de la conferencia, una conversación entre los representantes de ambas potencias afianzó la posibilidad de esta inteligencia. Continuadas en San Petersburgo y en Londres estas negociaciones, han llegado, después de un año de duración, á la convención de 30 de agosto de 1907, que regula las futuras relaciones anglo-rusas en Persia, en Afghanistan, en el Tibet y en el golfo Pérsico, es decir, en todos los países limítrofes de la India y de las posesiones rusas en Asia.

En lo que concierne á la Persia, las dos potencias se comprometen á respetar su independencia é integridad. Deseando mantener el orden en el país y asegurar su desarrollo pacífico sobre la base del régimen de la puerta libre; considerando que las dos potencias tienen, por razones geográficas y económicas, un interés especial en mantener la paz en ciertas provincias persas, próximas á la frontera rusa por una parte, y á la de Afghanistan y Beluchistan por otra, las dos partes contratantes deciden que la Gran Bretaña no apoyará en provecho de súbditos británicos ni de una tercera potencia, demandas de conce-

siones políticas ó comerciales al N. de una línea que una Kasri-Chirín, Ispahan, Yezd, Khaki hasta la unión de las fronteras de Persia, Rusia y Afghanistan; y que no se opondrá á demandas de concesiones hechas en esta región con el apoyo del gobierno ruso. La Rusia adquiere análogos compromisos en lo que concierne á la región al S. de una línea que se extiende de la frontera aighana á Gahzik, Biredjan, Kerman y Bender-Abbas. Entre esas dos regiones así reservadas á la influencia inglesa y á la influencia rusa, queda una zona neutral, en la que ambas potencias se comprometen á no oponerse, sin inteligencia previa, á concesiones á sus súbditos.

Respecto al Afghanistan, la cuestión de la influencia inglesa se ha arreglado expresando que Inglaterra no tiene intención de modificar la situación política de aquel país, que no ejercerá en él su influencia más que en sentido pacífico, que no emprenderá en Alghanistan ni le inducirá á emprender medidas contra Rusia. Por su parte el gobierno ruso reconoce que el Afghanistan no entra en su esfera de influencia y consiente en servirse, como intermediario, del gobierno británico en todas sus relaciones políticas con aquel estado. Se proclama el principio de igualdad comercial y se prohíbe enviar agentes al país é intervenir en su administración.

Por lo que se refiere al Tibet, Inglaterra y Rusia reconocen sobre él los derechos soberanos de la China; se comprometen á respetar su integridad territorial, á abstenerse de toda ingerencia en su administración interior y á no tratar con él más que por intermedio del gobierno chino. Sin embargo, no se podrán poner obstáculos á las relaciones directas de los agentes comerciales ingleses con las autoridades tibetanas, previstas por la convención Younghusband de 1904 y por la convención anglo-china de 1906. Los súbditos budhistas ingleses y rusos podrán mantener relaciones religiosas con los jefes budhistas del Tibet; pero los gobiernos inglés y ruso no enviarán representantes á Lhasa y no tratarán de obtener, ni por cuenta propia ni para sus súbditos, ninguna concesión de ferrocarriles, caminos, telégrafos, minas ó de otros derechos en el Tibet.

Respecto al golfo Pérsico, declara Rusia explícitamente que no se opondrá á los intereses británicos, que son el resultado de la acción de Inglaterra en estas aguas desde hace más de cien años.

Resulta, pues, de este tratado, que las partes contratantes se han puesto de acuerdo para que el Tibet y el Afghanistan continúen cerrados á los extranjeros, régimen tanto más fácil de aplicar, cuanto que responde á los hábitos de estos países y á los deseos de los gobiernos de Lhasa y de Cabul. Sin embargo, Rusia reconoce una especie de protectorado diplomático inglés sobre el Afghanistan, desde el momento en que se compromete á no tratar con él más que por intermedio del gobierno británico. En el Tibet, ambas partes se mantienen ahora en iguales condiciones.

Respecto á Persia, la delimitación de las zonas de influencia da á Rusia la parte del león. La zona rusa es mucho más extensa que la inglesa y comprende las regiones más ricas del país. En cambio, á las concesiones de Inglaterra corresponde Rusia reconociendo los intereses británicos en el golfo Pérsico.

Réstame solamente, para completar esta rápida ojeada sobre el estado geográfico-político actual del Asia, tratar de la China y del Japón, puesto que la Corea depende hoy de este Imperio y que los grandes archipiélagos malayo y filipino lo mismo pueden considerarse del Asia que de la Oceanía, y no me he de ocupar en ellos. Pero el temor de fatigaros, ya que este estudio va resultando demasiado largo y pesado, y la importancia de aquellos dos grandes imperios, únicas naciones asiáticas hoy verdaderamente independientes, puesto que Persia, Siam y los otros estados de menor importancia están más ó menos sometidos á influencias extranjeras, como hemos visto, me obligan á dejarlos para otra conferencia, en la que, por la evolución que experimentan actualmente aquellos dos estados, he de dar más importancia á la parte política, conferencia que, espero, si no os falta la paciencia, podréis oír en breve.

SEGUNDA CONFERENCIA

China, Corea y Japón

SEÑORAS:

SEÑORES:

CON satisfacción puedo anunciaros hoy que creo veremos cumplidos el deseo y la esperanza, manifestados en mi primera conferencia, de que otros ateneistas, respondiendo al llamamiento de la *Sección de Ciencias Morales y Políticas*, tomen parte activa en estas lecciones sobre el estado geográfico-político de diferentes regiones ó partes del mundo. Varios distinguidos oficiales del Ejército y algún ilustrado catedrático, probablemente continuarán, con mayor suficiencia que el que lo ha iniciado, este curso de Geografía Política.

Los estudios geográficos han despertado y deben siempre despertar la curiosidad de toda persona medianamente ilustrada. Es natural que todos deseemos conocer el planeta que habitamos, y las vicisitudes por que van pasando las diferentes partes en que se divide. La influencia que ejerce la Geografía en la educación, la importancia que tiene en la vida presente y en la historia, y el estudio especial de los hechos geográficos para relacionarlos entre sí, investigar sus causas y descubrir sus leyes, son los temas predilectos de los geógrafos contemporáneos.

No basta el conocimiento exacto y completo de los elementos naturales que caracterizan á un país; es menester relacio-

narlos entre sí é inquirir las leyes generales del organismo terrestre. Después, (y éste es el gran problema de la Geografía y el momento de la evolución en que ahora se encuentra) hay que determinar con toda precisión y verdad, la influencia que las formas y condiciones de la superficie terrestre en cada lugar, ejercen en el proceso mental de sus habitantes.

Para completar mi rápido bosquejo sobre la situación geográfico-política actual del Asia, tócame hablar hoy de la China, la Corea y el Japón. El primero y el último de dichos estados, son, como dije ya, los únicos verdaderamente independientes del Asia; mientras el segundo, después de pasar en estos últimos años por diferentes evoluciones, ha terminado por ser, de hecho y de derecho, una dependencia del Japón. Las relaciones entre los diversos países de raza amarilla y las influencias mútuas de unos sobre otros, me obligarán á tratar otro día, en conjunto, la parte política relativa á todos ellos, limitándome hoy á estudiar, por separado, en cada uno, lo que más puede llamar la atención, que creo han de ser las últimas exploraciones en el Celeste Imperio y la evolución del progreso en el Japón, ya que el estado áctual de este pueblo, me ha de servir luego de base para aquel estudio de conjunto.

El gran imperio Chino está constituido por el Asia Interior, la Manchuria y la China propia.

En el centro del Asia se extiende una vasta región de desiertos y mesetas, que es lo que se llama *Asia Interior*, y que contrasta con las regiones que la rodean. Estas últimas disfrutan de benéficas lluvias, sus ríos arrastran productos que las fertilizan y sirven de comunicación entre los pueblos; la vida sedentaria y agrícola es en ellos posible, y con ella una civilización más adelantada. El Asia Interior, al contrario, es un país seco, donde apenas llueve; los ríos que descienden de los montes no tardan en sucumbir á la evaporación y se pierden en pantanos ó en lagos sin salida. Es una región monotoná y estéril, donde un clima extremo, alternativamente ardiente y he-

lado, hace la vida vegetal y la vida animal muy precarias, obligando á los habitantes á una vida nómada. Otra consecuencia de este disfavor de la naturaleza es que las exploraciones en el Asia Interior son difíciles y, por lo tanto, nuestro conocimiento de este país es muy incompleto.

El Kouen-Loun, gran arista montañosa, llamada la *espina dorsal* del Asia Interior, separa la cuenca del Tarim y el desierto de Mongolia al N., de las mesetas del Tibet al S.

Entre el Altai y los montes Tian-Chan, cordilleras paralelas próximamente al Kouen-Loun y al N. de ésta, se abre un ancho espacio, la *puerta ó entrada de Džoungaria*, que comunica fácilmente la Mongolia con las fuentes del Irtych. Este paso se ha utilizado frecuentemente para las emigraciones de los pueblos que han abandonado los desiertos del Asia Interior para invadir el Asia Occidental y la Europa. Es una de las grandes vías históricas del globo.

El desierto de Mongolia, llamado por los chinos *Chamo* y por los mongoles *Gobi*, ha sido recorrido por el célebre explorador ruso Prjevalskiy, quien en un itinerario de 1.600 Km. entre Ourga y el Nan-Chan no encontró ni una corriente de agua. Contribuyen á hacer inhospitalario este país, además de la sequía, sus extremadas temperaturas en invierno y en verano, así como las variaciones termométricas en un mismo día. Prjevalskiy ha observado en el mes de mayo, descender el termómetro desde 20° á la sombra, al mediodía, hasta 18° bajo cero á la puesta del sol.

Los oasis de la Mongolia se han convertido en puestos chinos, que sirven para vigilar y dominar el país. Existe en Peking un ministerio de negocios mongoles, que puebla de funcionarios chinos estos oasis y ha establecido en ellos guarniciones. La China envía también allí comerciantes y agricultores. La Gran Muralla ha dejado de separar las dos razas; los chinos se desbordan por todos los sitios que se prestan al cultivo. Pero son acogidos con desconfianza y reducidos á vivir en barrios especiales. Jamás una mujer mongola se casa con un chino. Así es que la asimilación tardará aún en efectuarse.

La cuenca del Tarim constituye políticamente, casi por completo, la provincia china del Turquestán Oriental. La última expedición de los hermanos Groom-Grjmailo ha revelado en esta cuenca, que forma una meseta de 900 á 1.300 m. de altitud en general, la existencia de una curiosa depresión de 500 Km. de longitud por una anchura de 10 á 50. Se halla esta depresión cerca de Tourfan, centro geométrico del continente asiático, y en ella el suelo desciende á 100 metros bajo el nivel del mar.

Se forma el Tarim por la unión de cuatro ríos; conserva algún tiempo una profundidad de 4 á 6 metros, que permite á las poblaciones de sus orillas recorrerlo por medio de barcas groseramente construidas; pero el desierto lo estrecha cada vez más, los vientos contribuyen á obstruir su lecho de arena, hasta que al fin se pierde en el lago salado de Kara-bouran, que comunica con el Lob-Nor, laguna salobre, obstruida por cañaverales y que va disminuyendo, según Prjevalskiy, ó más exactamente va cambiando de lugar bajo la acción de los vientos del N. E., como lo ha demostrado en 1895 el viajero sueco Sven Hedin.

La región fértil de los oasis disfrutó en otro tiempo de una gran prosperidad; pero las guerras continuas la han devastado. Hoy día las guarniciones y los funcionarios chinos vigilan activamente la frontera y el gobierno trabaja para reparar los desastres de las guerras pasadas, aunque con poca fortuna hasta ahora, pues el celo excesivo de sus agentes descontenta á los habitantes, y los musulmanes del Turquestán Oriental envidian la suerte de sus hermanos del Asia Central que obedecen á Rusia.

Entre el Astyn-Tagh y el Kouen-Loun central se extiende una faja de 20 á 40 Km. de anchura y 200 de longitud, recorrida por vientos violentos, cuya temperatura desciende en invierno hasta el punto de congelar el mercurio. Este paso ha sido llamado por Prjevalskiy el *valle de los vientos*, y en él ve, á pesar del rigor del clima, el camino más cómodo entre los oasis del Turquestán oriental y la China occidental.

Completa el Asia Interior la región del Tibet, que ha sido objeto de estudio en la primera parte de este trabajo, tanto por sus relaciones geográficas con la India, como por la necesidad de considerarlo, políticamente, en conjunto con los demás países cuya situación ha determinado el último tratado anglo-ruso.

Las Revistas ó Boletines de las Sociedades Geográficas han publicado en estos últimos años, sobre todo después de la guerra ruso-japonesa, numerosos artículos acerca de la *Manchuria*, comarca que por su clima, por su hidrografía y por sus producciones, viene á ser como una zona de transición entre la Siberia oriental y la China. Es el país como una prolongación de los territorios comarcanos; allí llegan y allí terminan los desiertos mongoles y las estepas siberianas, los montes y los juncales del Amur inferior, las llanuras agrícolas de la China septentrional. Los paisajes, la flora, los cultivos, la fauna son variadísimos y ofrecen singulares contrastes. Y lo mismo acontece con el hombre; las razas asiáticas del centro y del N. se juntan y yuxtaponen, constituyendo así una de las etnografías más pintorescas del globo. Las razas típicas, fundamentales, el guiliaco pescador, el tunguso cazador, el mongol pastor y el chino sedentario, conservan sus hábitos históricos, su género de vida tradicional. Y todos ellos, y las razas mixtas que han formado, proporcionan interesantísimo campo de estudio para apreciar los elementos que componen las respectivas civilizaciones y su fuerza de expansión ó de adaptación.

Razas fundamentales y mixtas sufren la influencia poderosa de la vida y cultura de Occidente; la Manchuria se ha abierto á nuestra civilización. Entró en los dominios de la Geografía económica mediante la colonización rusa. El estudio del país desde el punto de vista de la Geografía étnica y política, rebasa los límites de la Manchuria, porque entran en juego con los indígenas, los tres grandes pueblos que se han disputado la comarca: rusos, chinos y japoneses, es decir, blancos y amarillos.

Este es el gran problema planteado hace años, y cuya solución ha de influir poderosamente en la vida social, política y económica, ya no sólo del continente asiático, sino de todo el mundo.

Teatro principal la Manchuria de la guerra entre unos y otros, hemos de tratar esta cuestión en conjunto, después de haber hablado de la China y del Japón.

El mes próximo pasado se firmó un acuerdo definitivo entre los dos Imperios, referente á la construcción de una línea férrea manchuriana entre Kirín y Kiang-Chang-Tsé. Viene á completar la red de ferrocarriles de esta región, formada por la línea, que arranca del transiberiano, de Karbin á Mukden y Puerto-Arturo, con los ramales á Tientsin y Pekin por un lado, y á Seul y Fusán por el otro.

El nombre de China es europeo, y procede del de una de las dinastías chinas, los Tsin ó Chin, del siglo III antes de J. C. Los chinos llaman á su país *Chug-Kue*, el Imperio del Centro. También se llama á la China propia el Reino Florido y el país de las diez y ocho provincias, por ser éste el número de ellas, regidas cada una por un virrey. Es próximamente la tercera parte de la extensión territorial sometida al Celeste Imperio. Es al mismo tiempo la más antigua y la más directa de sus posesiones, la más rica y la más poblada. Sobre una superficie aproximadamente igual á la mitad de Eüropa, sostiene unos 407 millones de habitantes, ó sea la cuarta parte de la población total del globo.

La China propia puede considerarse físicamente como un gran plano inclinado, que desde el borde oriental de la meseta tibetana y la masa confusa de montañas que se extienden desde ésta al Ku-ku-noor, baja hacia el mar por gradaciones regulares. Las altitudes son en esta región muy inferiores á las que la rodean. De E. á O. van ramificándose las montañas, no presentando en parte alguna obstáculo serio á las comunicaciones.

De las tierras tibetanas, grandes depositarias de la humedad, y laboratorio permanente de fenómenos meteorológicos,

bajan los rios chinos por excelencia: el Yang-tse-kiang, ó rio azul, y el Hoang-ho, ó rio amarillo. El primero arrastra sus aguas turbulentas y abundantes entre las magníficas montañas de Set-chuen. Después su valle se ensancha, describiendo majestuosamente pequeñas curvas, vierte el excedente de su caudal en los lagos Tung-King y Foyon, y mezcla, en vastísimo delta, sus aguas con las del mar. Los buques de guerra lo han remontado hasta 300 Km. de su desembocadura. Es una arteria fluvial de primer orden. Multitud de juncos y embarcaciones de las más diversas formas le surcan. Hasta It-chang, en el corazón de la China, le remontan vapores que hacen un servicio regular y parece que más arriba tampoco presenta obstáculos insuperables á la navegación. Su principal afluente, el Kan-Kiang, es navegable durante más de 1.000 Km.

Más al N. se halla el Hoang-ho. Nace en las montañas vecinas del Ku-ku-noor y se dirige al N. E. Atraviesa muchas montañas, formando formidables cachones. Sale del territorio chino para penetrar en las desiertas regiones de los Ordos, en la Mongolia Meridional, hasta chocar con las faldas de un estribo desprendido del Ala-Chan, que le obliga á describir una curva, saliendo por la brecha que ha conseguido abrirse entre aquella cadena y el In-chan. Corre luego hacia el S., para cambiar bruscamente la dirección en la confluencia del Uei y dirigirse hacia el mar. Antiguamente confundía sus aguas con las del Yang-tse-kiang, pero desde 1851-53 han variado de dirección, y hoy desemboca en el golfo de Pet-chi-li. La enorme cantidad de aluviones que arrastra, ciega el cauce y obliga al agua á lanzarse á través de las llanuras marginales. Estas inundaciones del Hoang-ho han causado la muerte de millares de personas. Comparable á los mayores rios del mundo por el volumen de sus aguas, aunque bastante inferior al Yang-tse-kiang, es poco útil para la navegación.

Sigue á estos rios el Sikiang, que baja del Yun-nan, y muere en Cantón. Es tan caudaloso, que en muchos puntos de su curso inferior, la sonda acusa profundidades de cincuenta metros.

En ninguna otra parte de la superficie del globo posee el hombre una red semejante de vías fluviales, sin desnivel ni desfiladero.

El valle del Si-kiang, cuya puerta guarda Cantón, es la mitad oriental de una vía histórica y estratégica de gran importancia, que pone en comunicación la India con la China. Los Baks, primeros invasores de la China en los orígenes de la historia legendaria, no llegaron hasta esta parte meridional del Reino Florido; pero la forma del relieve había indudablemente dirigido allí un gran vaivén de los hombres: hace unos dos mil años se operaba en aquellas provincias un movimiento comercial muy considerable, que había sido antes casi imposibilitado por guerras de exterminio. En vez del paso que se abre entre las dos vertientes oriental y meridional de la alta meseta tibetana, las montañas, prolongando al S. E. los grandes macisos del Asia central, se han rebajado notablemente. El relieve de la divisoria entre el Pacífico y los mares de Siam y de Birmania está constituido por una meseta de arenisca roja de 2.000 m. de altura por término medio, que contiene en sus depresiones varios lagos. Alrededor de esta alta divisoria descienden gradualmente hacia las planicies y el mar los poderosos ríos del Asia Sud-Oriental, que divergen formando inmenso abanico: Brahmaputra, Irawaddi, Saluen, Mekong, Ma-lun-kiang ó río Rojo, Si-kiang, Yang-tse-kiang. En parte alguna de la tierra se ve semejante irradiación de grandes ríos partiendo de un mismo centro.

Un camino transversal que franquease sucesivamente todos esos valles, á cortas distancias unos de otros, implicaría otros tantos caminos ramificándose hacia todos los puntos del horizonte, desde las riberas de la India gangética hasta las de la China oriental, y permitiría á los viajeros la economía de una circumnavegación de 6.000 Km. á través de aguas peligrosas, frecuentemente trastornadas por tifones. La ciudad de Talí está situada en la región donde se enlaza esta digitación extraordinaria de grandes caminos fluviales. Las guerras, la hostilidad de las tribus de montañeses, las devastaciones y los aconteci-

mientos políticos de toda clase, obstruyeron muchas veces y hasta cerraron los caminos que irradian alrededor de Talí; pero en cuanto renacía la paz, y los fugitivos acompañados de nuevos inmigrantes, volvían al país devastado, la *Via de Oro y de Plata*, así llamada por los yacimientos metalíferos de Yunnan, recobraba su importancia, y no pudo menos de llegar á ser el camino por excelencia entre Calcuta y Cantón.

El Yang-tse-kiang, arteria central del *Reino Florido*, debía atraer también sobre sus orillas las fuerzas vivas de la nación. En la alta cuenca, la llanura donde se ramifica el Min, considerada como la verdadera rama-madre del *Gran río*, fué desde el principio un centro de atracción extraordinaria y permanece siendo en nuestros días la China por excelencia. Pero la preponderancia política ha pertenecido siempre á las regiones del Norte, debido á que el pueblo conquistador, procedente de las comarcas del N. O., tenía siempre el grueso de sus fuerzas vivas más cerca de su país de origen y tenía que conservarse allí rudamente para continuar la lucha con sus más temibles enemigos.

En la concurrencia vital de los chinos entre sí, hubo otra causa que ha dado la preponderancia á las poblaciones del Norte. En la cuenca del Hoang-ho se halla el país de la *Tierra amarilla*, el suelo por excelencia para la producción del pan. Comprende casi toda la parte de la depresión rellenada por el Río Amarillo, á excepción de las altas montañas del O. y de las llanuras aluviales del E.; se extiende sobre una superficie de cerca de un millón de Km. cuadrados.

Esta tierra blanda se ha formado durante el curso de las edades con todos los restos, reducidos á polvo, reunidos por el viento. Cada soplo de las tempestades del N. O. trae una nube de ténues moléculas procedentes de la lenta desagregación de las montañas Sayan, Altai, Tarbagatai y de las llanuras subyacentes. Estudiando el aspecto de las ruinas de Lulan, en el desierto de Lob, Sven-Hedin evalúa en tres metros el espesor de la capa terrestre levantada por la denudación eólica desde hace dieciseis siglos.

Todo es amarillo en el país: la tierra, las aguas, el aire brumoso, el cielo, donde apenas se ve el sol á través del polvo levantado. Las casas y los hombres están revestidos de una costra amarilla; no hay más contraste que el que resulta de la frescura de los verdes cultivos. Ese matiz amarillo simboliza el suelo nutricional, el mismo poder de la China: de ahí el título de Hoang-ti, *Señor amarillo*, dado al Emperador, en el sentido de Dueño de la Tierra.

En Europa se cree generalmente que existe una religión de Confucio y que ésta es la del Imperio. En los malos libros y compendios de Geografía, se encuentra invariablemente consignado este error. No hay tal religión de Confucio; los chinos consideran á este célebre filósofo como un gran sabio y hombre virtuoso, y le reverencian á su manera. Confucio no se ha ocupado en ninguno de sus libros de cuestiones teogónicas, sino de moral. La verdad es que en China no hay religión oficial. Los chinos no se han opuesto jamás á la introducción de nuevas ideas religiosas en su país, donde además del budismo y de las doctrinas puramente morales de Confucio, existen el judaísmo, el mahometismo, el racionalismo ó culto de Tao y el cristianismo. Ninguna de estas religiones ha sido perseguida sino por causas políticas ó por imprudencia de sus propagandistas.

Pocos pueblos han tenido vida más azarosa ni han sostenido más guerras que los chinos. Depositarios de una antigua civilización, el reciente contacto con Europa y la influencia del Japón han despertado al Imperio de un letargo pasajero. Observadores pacientísimos é imitadores incomparables, los chinos aprenden cuanto ven y aplican cuanto creen útil. Menos entusiastas que los japoneses, son quizá más perseverantes. Las clases superiores, y sobre todo los tártaros, temen al extranjero, y porque le temen, le odian; pero vencidos por la realidad, procuran aprovechar las ventajas que la civilización occidental ofrece.

El contacto con Europa ha sacado á los chinos de su aislamiento, convirtiéndoles de nación pasiva en activa. La impor-

tancia de esta transformación es grandísima. Los chinos son temidos en toda Oceanía y en América. Preséntanse como trabajadores y hacen al blanco una competencia ventajosa. En Australia y en los Estados Unidos ha habido que adoptar leyes de excepción contra ellos. Y sin embargo, sólo el sexo masculino emigra, y sólo los hombres de dos provincias. El día en que la emigración se haga general y tomen parte en ella hombres y mujeres, China será la potencia colonial mayor del mundo.

De la influencia del Japón en la China y de sus consecuencias, hemos de tratar detalladamente en la próxima conferencia.

Rusia, primera víctima de los planes del Japón, va perdiendo en los dominios chinos las posiciones adquiridas. La Europa occidental y central conserva las suyas y sigue haciendo valer los derechos que se arroga, mediante los estudios y las exploraciones geográfico-comerciales que realiza, y las obras de utilidad pública que acomete, para asegurar su influencia política y económica en esta parte del mundo.

La China propia es, de los dominios del Celeste Imperio, la región más favorecida por estas exploraciones y estos trabajos.

El viajero Maximiliano Foy ha pasado quince meses haciendo estudios en el Asia Oriental. Fué de Paris á Moscou, de aquí á Dalny y á Seul, luego á Pekin, Han-kéu y Cantón, y por la región montañosa del Kuang-Si y del Kuei-chen, llegó hasta Sechuen y el Tibet, terminando su larga excursión en Yun-nansen. Desde el Yun-nan emprendió su regreso por el Tonquin, el Anam, el Laos, el Camboya y la Cochinchina. En los confines del Tibet los Lolos le robaron todo cuanto llevaba; en el Laos, navegando por el rio Sebang-hien para llegar al Mekong, volcaron las piraguas y perecieron el viajero Pécoul, que le acompañaba, y nueve indígenas.

Foy había recibido de la Sociedad de Geografía Comercial de Paris el encargo de estudiar estos países desde el punto de

vista de la expansión industrial y mercantil de Francia. Sus conclusiones, expuestas en pública conferencia, fueron que el porvenir económico de China, y, por consiguiente, la apertura de sus vastos mercados á los capitales europeos, depende del desarrollo de sus vías férreas. La clave de este sistema es la cruz formada por las dos grandes direcciones Pekin-Han-Keu-Cantón y Chin-tu-Han-Keu-Shangai. Cada brazo de esta cruz representa de 1.000 á 1.500 Km., y uno de ellos, el de Han-keu-Shangai, está formado por el Yang-tse-kiang en su curso inferior.

Además de esta red principal, es de gran interés la línea que Foy llama el Gran Central chino, que cruza, entre Pekin al N. y el Tonquin al S., las provincias del interior de China.

El ferrocarril de Han-keu á Pekin, de 2.300 Km., construido con capitales franco-belgas, debe estar ya terminado. Grandes lluvias torrenciales, que arrastraron puentes y terraplenes, obligaron á interrumpir el tráfico y los trabajos en el verano de 1904. Después se han proseguido las obras con gran actividad.

Los alemanes procuran fomentar la importancia económica de su colonia de Kiao-cheu, y especialmente de su puerto Tsing-tao. A ello ha de contribuir el ferrocarril que une dicho puerto con Tsi-nan-fu, la capital de la provincia china de Chan-tung. La mayor parte del personal de este ferrocarril es indígena, y piquetes de tropa china vigilan la línea. Pero esta vigilancia no es tan necesaria como lo hubiera sido hace años, porque los chinos, cuyas supersticiones les indujeron á declarar sañuda guerra á los ferrocarriles, ya van cejando en su campaña contra ellos y comprenden la utilidad de este nuevo medio de comunicación.

En la zona S. O. de la China propia, próxima á la Birmania, el Gobierno inglés de la India continúa estudiando, por medio de la misión que dirige el coronel Manifold, el trazado de ferrocarriles hacia la provincia de Sechuan y curso superior del Yang-tse-kiang.

Otras varias expediciones, de carácter meramente geográfico ó científico, se han llevado á cabo en estos últimos años en varias comarcas de China.

Los alemanes Filchner y Tafel han hecho detenido reconocimiento en la elevada región del Kuku-Nor, donde nace el Hoang-ho. Sus informes obligarán á modificar en parte el mapa de estas comarcas.

El Sr. Madrolle pasó un verano en las montañas del Fokien y el Che-kiang, donde halló un pueblo, los Sie-ko, que no son de raza china; parecen por su aspecto exterior gentes oriundas del Tonquin.

Los esposos Berthelot han hecho el itinerario de Cheng-tu á Pekin. Mme. Berthelot es una joven parisiense que causa admiración á sus compañeros de viaje, por sus buenas condiciones de exploradora y, sobre todo, por la sangre fría de que hace gala en las circunstancias más difíciles.

La región de China más favorecida por los estudios y exploraciones de los franceses es, naturalmente, la colindante con sus dominios del Tonquin. Del interés que ponen en ganar influencia en ella, es buena prueba la obra del explorador Gervais Courtellemont, en la que se consignan los resultados de sus viajes por el Yun-nan en 1902 y 1903. Es esta una provincia muy poblada y fértil; desde los valles hasta las cumbres de las montañas se encuentran los más diversos cultivos, porque es país tropical en parte por su situación geográfica y país de clima templado por su altitud. Con relación al imperio colonial de Francia en Indochina, tiene un valor económico, militar y político de primer orden.

Hemos dicho que las naciones del centro y occidente de Europa han conservado sus posesiones en China: Portugal tiene su antigua colonia de Macao; Inglaterra posee, desde hace poco más de medio siglo, la importante posición de Hongkong; y después de la guerra chino-japonesa, Francia, Rusia y Alemania, salvando á la China de un tratado desastroso, obtuvieron importantes concesiones de caminos de hierro, puestos consulares, cesiones de puertos ventajosamente situados, favores comerciales, emisiones de empréstitos. Inglaterra y Japón consiguieron ventajas análogas. Perdido por Rusia Puerto-Arturo, Alemania conserva Kiao-tcheou, Inglaterra Ouei-hai-Ouei, Francia Kouang-tcheou.

La más importante de estas colonias europeas es Hong-Kong, pequeña isla inmediata á la costa, frente la desembocadura del Si-kiang, cerca de Cantón y de Macao, con un magnífico puerto franco, que ha resultado en 1907 ser el segundo puerto del mundo por su importancia comercial. Dicho puerto me recordó bastante al de Mahón, aunque las montañas que lo rodean son más elevadas que las de la orilla norte de éste. La ciudad tiene barrios europeos con soberbios edificios. En poder de Inglaterra esta importante posición, es una amenaza continua para China. Allí encuentran refugio los revoltosos y allí se han fraguado muchas conspiraciones contra el Hijo del Cielo. También allí encontró apoyo la escuadra americana, para entrar en la bahía de Manila, y allí se concertó el alzamiento general de Filipinas contra nuestro dominio.

La Corea, Chosen ó *pais de la calma matinal*, ha sido hasta recientemente muy poco conocida, por el aislamiento en que se mantenía. Hasta con los chinos, de quienes eran tributarios antes de la paz de Chefú, mantenían los coreanos la más extremada reserva. Entre los dos países había una zona neutral de 50 á 90 Km. de anchura, donde nadie podía establecerse, bajo pena de muerte. Solamente dos ó tres veces al año los comerciantes chinos podían ir á Corea por algunos días. Pero desde 1883 están abiertos al comercio los principales puertos de Corea, Chemulpo, Fusan y Gensan, y el país ha podido desde entonces ser visitado por algunos viajeros.

Hoy se va en ferrocarril desde Fusan á Seoul, en un solo día. Antes se necesitaban diez jornadas para llegar á la capital. La línea férrea, de gran valor estratégico, es propiedad japonesa, y japoneses son la mayor parte de los empleados.

El *pais de los tres reinos* se llamó también á la península de Corea: fueron estos reinos los de Sim-la, Kao-li y Pet-si. Hacia el siglo XI de nuestra era, el soberano de Kao-li reunió los tres reinos en un solo imperio, bajo el protectorado de China. Dos hechos internacionales importantes se encuentran en

la historia de este país: la invasión japonesa, hacia fines del siglo XVI, capitaneada por el famoso general nipón Taico-Hideyoshi, al frente de doscientos mil soldados; y la sumisión completa de los soberanos coreanos á los emperadores manchúes de la China desde 1636. Desde entonces hasta nuestros días los coreanos han ignorado la guerra; no poseían armas ni soldados. En ocasiones solemnes, algunos hombres, que formaban la guardia del palacio, iban armados de flechas solamente. Conscientes de su debilidad y de su pobreza, y conformes con ellas, los coreanos se mantuvieron aislados del resto del mundo; dieron leyes prohibiendo toda exterioridad de lujo y de bienestar, así como la explotación de las minas de oro y plata.

Hoy han cambiado las circunstancias; por el tratado de Chefú, Corea quedó independiente, y después de la guerra ruso-japonesa, ha empezado activamente la japonización de Corea, contribuyendo los últimos sucesos de Seoul, de que luego hablaremos, á hacer de este país, más que un estado tributario, un territorio ocupado por el Japón, que ha variado hasta el nombre de la capital Seoul, por el de Keigo.

El archipiélago del Japón, que ocupa en el E. del Asia una situación análoga á la de las Islas Británicas en el N. O. de Europa, es también análogo á estas por su superficie y su población, algo más considerables, sin embargo. Las cuatro grandes islas Yeso, Nipón ú Hondo, Sikok y Kiu-siu, la isla de Formosa arrebatada á China, los archipiélagos de las Kuriles, de Riu-kiu y otros, en número de 605 islas, contienen cerca de 50.000.000 de habitantes en una extensión de 417.000 Km.

Está cubierto este archipiélago de montañas, en gran parte volcánicas; estos volcanes relacionan los de Kamtchatka con los de Filipinas y forman parte del *círculo de fuego* del Pacífico. Despliegan una actividad desgraciadamente muy frecuente, ocasionando numerosas víctimas.

El mismo nombre del Japón atestigua su dependencia relativamente á China. Conocido primeramente de los europeos

bajo el nombre de Zipango, modificación del chino *erl pien kyuo*, que significa *Imperio del Sol Naciente*, indica claramente las islas situadas al oriente de la gran tierra. Esta posición determinaba de antemano las condiciones en que había de desenvolverse la civilización del archipiélago: el núcleo de origen no podría hallarse más que en la llanura de los aluviones acarreados por los dos grandes ríos chinos. Las tierras japonesas, destinadas á recibir de la poderosa nación vecina el fermento de actividad intelectual, permanecieron, no obstante, mucho tiempo aisladas en su mar de frecuentes brumas; no se hallaban en comunicación con el mundo civilizado del continente sino por el largo rodeo de la península de Corea. Estaban habitadas, en los tiempos prehistóricos, por tribus de costumbres muy primitivas; hasta se han encontrado en varios puntos restos de festines de antropófagos. Los japoneses de diversas razas vivieron mucho tiempo en el salvajismo primero, hasta el día—dice la leyenda—en que el famoso emperador chino Chi-Hoang-ti envió al archipiélago 300 parejas jóvenes para coger allí la *flor de la inmortalidad*.

La transformación que ha resultado de la apertura de varios puertos al comercio europeo, ha sido más grande en el Japón que en China, pues el japonés es mucho menos conservador que el chino. Pero á partir de la revolución de 1887 es cuando ha empezado el Japón su admirable obra de progreso, que ha asombrado al mundo, convirtiéndose en pocos años en una potencia de primer orden, con pretensiones de dominar, como veremos, el Asia y el Pacífico, por lo menos, pretensiones que ha empezado á realizar con éxito favorable.

Primeramente fueron llamados franceses para refundir la legislación en vigor; luego ingleses para reorganizar la policía; después alemanes para instruir el ejército. Tokio posee hoy Universidad imperial y observatorio astronómico de primer orden. Cruzan el imperio más de 3.000 Km. de caminos de hierro, forma parte el Japón de la unión postal universal, dispone de una vasta red de telégrafos y comunica por cables con Wladivostok y Shangai. Posee un ejército numeroso, bien organi-

zado, instruido y valiente y una poderosa escuadra. Una compañía japonesa de navegación á vapor, la *Nippon Yusen Kaisha*, con una flota de más de 50 buques, sirve los puertos japoneses, coreanos, Wladivostok y los principales puertos chinos. Dos líneas de paquebotes parten, una de Kobé, la otra de Yokohama, para Seattle (estado de Washington) y San Francisco. Una línea japonesa envía desde hace poco sus vapores á Melbourne y otra hasta Londres. Desde 1.º de enero próximo funcionará otra línea de vapores, con salida quincenal de Yokohama á Yguique, explotada por una compañía japonesa de navegación.

¿Cómo ha llegado el Japón al grado de apogeo actual?

Vamos á verlo, empezando por hacer un ligero extracto de su historia.

✱ Según la mitología nipona, los dioses Ysanagui (varón) é Ysanami (hembra) hicieron surgir una isla del fondo de los mares, y descendieron á ella para reproducirse en los siete grandes espíritus que reinaron millones de años, y el último de los cuales tuvo de una mujer cinco dioses terrestres, cuya descendencia fué perdiendo su carácter divino, hasta desaparecer éste en Jim-mu-tenno, primer representante del género humano y fundador de la actual dinastía, que ha dado al Japón 123 emperadores en un periodo de 2578 años, hasta el actual.

La tradición pretende que la historia del archipiélago se remonta á 8.000 años antes de J. C.; pero los hechos conocidos no suben más que á 660, en que ya gobernaba Sim-ma-tenno.

El Japón recibió los primeros gérmenes de cultura, como hemos dicho, de la China y también de la India. En el siglo III de nuestra era empezó el primer movimiento intelectual del archipiélago, á causa de la introducción del clásico doctrinal de Confucio, por el coreano Wassi. En el siglo VI llegó la religión de Buda, también por medio de coreanos, y en el VII el príncipe Umayado entró en relaciones directas con el Celeste Imperio, adonde mandó varias expediciones de escolares, los que,

Copiado
de
Caracas
(p. 64-5)

al regresar con los conocimientos adquiridos, produjeron un notable cambio en todas las esferas políticas y sociales, haciendo memorable aquella centuria.

Hasta el siglo XII el Imperio no dejó de progresar, y el Emperador ó *Tenshi* fué un soberano verdaderamente absoluto, jefe único de la religión, la política y el ejército. Mas desde esta fecha sólo se ocupó de los asuntos religiosos y empezó á delegar los poderes militares y civiles en varias influyentes familias, cuyos representantes, con el título de *Shogunes*, fueron los verdaderos gobernantes de hecho, hasta la proclamación del actual Emperador.

Desde el siglo XII hasta nuestros días ha regido en el Japón este pernicioso sistema de dos soberanos con sus distintas capitales é independientes gobiernos. En Kioto, el soberano sagrado y virtual, el Thensi ó jefe nominal del Mikado; en Kamakura, el soberano temporal y efectivo, el Shogún, que en 1602 trasladó su residencia á Yedo, cuyo nombre ha sido cambiado por el de Tokio desde que Mutsu-Hito llevó también allí la capital del Mikado en 1868.

Hay que advertir que la palabra *Mikado* significa el Gobierno del Japón, y no el Emperador, como muchos creen. Llamar al Emperador del Japón Mikado, es como si designásemos al Sultán de Turquía con el nombre de *Sublime Puerta*.

En muchas geografías antiguas se usa también la palabra *Taikún*, que supongo debe ser corrupción de *Shogún*, para designar este cargo, cuando existía.

Esta división de poderes inició la decadencia del Japón, que era bastante sensible cuando en el siglo XIII los mongoles trataron de invadirlo, siendo rechazados en un combate naval que duró siete días y cubrió de cadáveres las aguas del estrecho de Corea.

Los europeos fueron muy bien recibidos desde que los portugueses Mota, Pepot y Zeimot arribaron al archipiélago, en julio de 1541, arrojados por una tempestad á las costas de la isla de Kyushu.

Las noticias de las riquezas del Japón llevaron allá á los comerciantes lusitanos, españoles, ingleses y holandeses; á los

comerciantes siguieron los misioneros, que fueron agasajados por los príncipes, por ver en ellos un arma con que abatir el predominio de los sacerdotes budistas.

El cristianismo entró triunfante en el Imperio del Sol Naciente, siendo el primer misionero que empezó su propaganda San Francisco Javier; las conversiones se hacían por millares, y en 1582 se mandó una embajada á Gregorio XIII y á Felipe II, embajada de la que no se tenía ya memoria, cuando un diplomático nipón encontró, en 1876, en la Biblioteca de Venecia, algunos documentos acerca de la misma; noticia que ha divulgado su compatriota el ilustrado escritor Kinta-Arai, de la legación japonesa en Madrid, publicándola en la Revista «Ateneo», correspondiente á Febrero de 1906, como se puede ver en nuestra biblioteca.

Mas, pronto fueron acusados los misioneros de conculcar las leyes del país, expulsados y decretada la persecución de los nuevos creyentes en 1596, haciendo perecer á más de treinta mil conversos en un solo año.

A la persecución religiosa siguió el cierre de todos los puertos á los comerciantes europeos y la expulsión de todos los hombres blancos, menos de los holandeses establecidos en Deshima, junto á Nagasaki, quienes consiguieron permanecer allí á condición de escupir y pisar un crucifijo.

Desde esta época quedó el Japón incomunicado con el resto del mundo.

En 1602 fué elevado al shogunado Iye-yam, cuya familia ha dado una serie de quince shogunes en un periodo de 265 años.

Durante el gobierno de éstos principió á ocurrir en Yedo lo que venía pasando en Kioto: el soberano temporal dejaba el poder en manos de favoritos, que debilitaron el imperio.

En este estado de decadencia se hallaba, cuando en 1853 decidieron los Estados Unidos del N. de América abrir á su comercio los puertos del Japón, y mandaron cuatro buques de guerra, que, á las órdenes del comodoro Perri, se presentaron en Uraga, puerto inmediato á Yedo.

Desde entonces empieza la lucha entre la civilización indígena, que ahora aspiraba á conservarse inmutable, y la europea, que pugnaba por influir sobre aquella, que más tarde había de igualarla. La causa determinante del cambio y de los progresos del Japón fueron, pues, los Estados Unidos, que ahora precisamente, á consecuencia de este cambio, han estado á punto de medir sus armas con los japoneses.

El gobierno de Washington pedía, entre otras cosas, la apertura de algunos puertos al comercio exterior. Los nipones solicitaron un plazo para resolver, y se retiró la flota, que volvió al año siguiente. Tras la escuadra americana fué la franco-inglesa, con lord Elgin y el barón Gros, en 1860.

Impotente el Shogunado para resistir á los extranjeros, transige con las pretensiones de éstos; pero el Mikado lo desautoriza, y empieza entre los dos poderes una tenaz guerra civil, á la que pusieron término las escuadras combinadas, presentándose en el puerto de Hiogo, frente á Osaka, y obligando al Tenchi á ratificar, en noviembre de 1865, las concesiones ya hechas por el Shogun.

Hasta este momento sólo había predominado en el Japón la civilización china, que aun está fuertemente arraigada, y tardará mucho en desaparecer, si es que llega algún día á extinguirse.

Basta recorrer sus jardines, sus templos, sus palacios, sus fortalezas y sus ciudades, verdaderos laberintos de viviendas de madera, tan pintorescas y tan frágiles como las del Celeste Imperio, y observar las costumbres, para sacar el convencimiento de que la influencia de éste sigue imperando allí.

Desde la llegada de los *barcos negros* empieza á influir sobre los nipones la exótica civilización de Occidente.

¿Como se ha iniciado esta orientación?

Cuando á fines del siglo XVI acaeció la persecución del Cristianismo y se decretó la expulsión de los extranjeros, se prohibió también á todos los indígenas que abandonasen el país, bajo pena de muerte; por esta razón, nada sabían los japoneses de las colosales fuerzas acumuladas al otro lado de los

mares, cuando el arribo de la flota americana fué á sacar a' Gobierno de la ignorancia en que vivía, y á ponerle de manifiesto su propia debilidad. La excitación nacional que produjo la primera visita, se convirtió en consternación á la noticia de la segunda llegada, sobre todo al hacerse público que el Shogunado confesaba su incapacidad para combatir con las potencias extranjeras.

En todas partes se hicieron rogativas para que los dioses alejaran el peligro, mas los seres superiores no daban respuesta. Parecía evidenciarse que los bárbaros no podrían ser rechazados. Entonces dispuso el Gobierno que se enseñasen en todas las escuelas los conocimientos europeos, que se convirtiese el estudio del inglés en una rama importante de la educación nacional, y que toda la instrucción pública fuese moldeada según el sistema occidental.

El Mikado declaró que el porvenir del país dependía del estudio y del manejo de las lenguas y de las ciencias extranjeras, y aconsejó que hasta que la nueva generación llegase á dominarlas, debía permanecer el Imperio prácticamente bajo el dominio ajeno.

El Japón fué materialmente invadido por legiones de profesores ingleses, que siempre iban acompañados de una pequeña escolta, y los publicistas indígenas se dieron á investigar y divulgar cuanto se refería á los hombres blancos. Las academias politécnicas, con profesores occidentales también, se multiplicaron por todas las ciudades, y los jóvenes samurais se consagraron al estudio con decidido ardor.

Prueba la importancia que dan los japoneses al estudio de los idiomas extranjeros, el que solamente en Osaka tiene hoy la 4.^a división del Ejército 140 oficiales estudiando chino, ruso, alemán, inglés ó francés. De estos oficiales, los que mejores notas obtengan, irán luego al extranjero á perfeccionar el idioma que hayan aprendido. En nuestras academias militares, desgraciadamente, las clases de idiomas se consideran como secundarias; y al salir de ellas, son pocos los que tienen ocasión de aprender, perfeccionar ó practicar algún idioma. Actualmente, el General Linares trata de establecer en Barcelona una acade-

mía de idiomas para oficiales, ignoro en qué condiciones. Aquí, gracias al Ateneo, tienen los oficiales ocasión de estudiar idiomas; pero, siento decirlo, el número de matriculados en las clases de francés é inglés ha ido disminuyendo de año en año. En el presente, sólo la clase de árabe se ve bastante concurrida, gracias, principalmente, al entusiasmo y desinterés de su profesor el Teniente Linares.

Es también el Japón uno de los países en que más se ha extendido el esperanto.

Intelectualmente ha habido en el Imperio, sin duda, un gran progreso; pero no un progreso tan rápido como quieren hacernos creer los que piensan que el Japón se ha transformado realmente en treinta años. Aunque muy difundida entre el pueblo, la educación científica no puede elevar inmediatamente el término medio de la inteligencia práctica al nivel del Occidente. La capacidad común debe permanecer más baja durante varias generaciones. Sin duda habrá abundancia de notables excepciones, y está naciendo una nueva aristocracia de la inteligencia. Pero el porvenir real de la nación depende más bien de la capacidad de los muchos que de la capacidad excepcional de los pocos.

En otro respecto, debe esperarse, sin duda, una retrogradación temporal. Precisamente porque el Japón ha intentado lo que está sobre el límite normal de su poder, es por lo que caerá tras este límite ó, más bien, debajo de él. Tal retroceso será tan natural como necesario: no significará otra cosa que una preparación indispensable para esfuerzos mayores y más elevados.

Los comerciantes indígenas se instruían entretanto en las prácticas mercantiles de los invasores, poniéndose al servicio de las grandes casas establecidas en los puertos; y al paso que los intelectuales se colocaban en aptitud de competir con los europeos, los mercaderes y los industriales del país habían ido suplantando á sus propios maestros, y varios comerciantes blancos se vieron obligados á cerrar sus puertas á causa de la competencia japonesa.

En enero de 1887 murió el Tenshi Ko-Nei, y le sucedió el actual, Mutsu-Hito, que sólo tenía quince años de edad. Por

este motivo hubo que nombrar una regencia, y ésta recayó en un partidario entusiasta de la política de europeización. Por este tiempo los daimios, ya bastante europeizados, elevaron una exposición al Thensi y al Shogún, demostrando la conveniencia de acabar con el dualismo de los poderes centrales y de volverlos á reunir en una sola persona, que constituyese un solo gobierno central y reformase las leyes de la nación, tomando por modelo las de Europa.

Conforme á estos deseos, fué abolido el Shogún, y Mutsu-Hito, jefe único del Imperio, inauguró su mayor edad con el juramento de los *Cinco artículos*, base de la inmediata Constitución, que, calcada en la del Imperio alemán, fué promulgada al fin, en 11 de febrero de 1888.

Ocurrieron los acontecimientos casi de improviso para la mayoría de los indígenas: la transformación de los daimiatos en prefecturas; la supresión de las antiguas aristocracias militares; la reconstrucción de todo el sistema social. Esta revolución política llenó de tristeza el alma del joven nipón, porque le anunciaba la desaparición de los viejos y queridos ideales; pero le hablaba de la magnitud del peligro nacional; sabía que el pesar era vano, y comprendía que sólo transformándose él, podía su nación aspirar á conservar su independencia; y el deber elemental del partido reformista fué, desde aquellos días, reconocer la necesidad del cambio y prepararse convenientemente para él.

En 1894 empezaron á demostrar los japoneses su extraordinario poder militar, con motivo de la guerra con China por el predominio sobre la Corea, para la que, con gran previsión, habían estado preparándose doce años.

Después de las victorias de Oshima en Corea, de los condes de Yamagata y Oyama en Manchuria y China, y de los combates navales de Wei-hai-Wei y de Tallienvan, los japoneses marchaban sobre Pekin, cuando se suspendieron las operaciones por el armisticio de Shimonoseki, á que siguió la paz de Chefú el 8 de mayo de 1895.

Por ella consiguieron los japoneses la apertura á su comercio de todos los puertos de la China, una indemnización de 1.500

millones de francos, el reconocimiento de la independencia de Corea y la cesión de las islas Formosa y de los Pescadores y de la península de Liao-tung con Puerto-Arturo.

La paz de Chefú consagró el mayor de los triunfos que habían alcanzado hasta entonces las armas del Japón.

Pero Rusia, apoyada por Francia y Alemania, le impidió disfrutar de sus legítimas conquistas, porque los nipones no estaban preparados, y, á pesar de los anhelos belicosos de su ejército, el Gobierno de Tokio los supo reprimir, hasta que, diez años más tarde, pudo vengar aquel agravio en los campos de la Manchuria y en el mar de Tushima, poniendo al coloso á sus pies, después de derrotarlo en todas partes.

El presidente de los Estados Unidos Roosevelt interpuso sus buenos oficios entre Rusia y Japón, firmándose en 1905 la paz de Portsmouth, con las condiciones fundamentales siguientes:

Preponderancia del Japón en Corea; evacuación de la Manchuria por ambos beligerantes; ocupación japonesa de la península de Liao-Tung con sus puertos; cesión del ramal del ferrocarril de Karbín á Puerto-Arturo y Davny, en la parte ocupada por los ejércitos japoneses; la parte meridional de la isla Sakalina, para el Japón; derecho de pesca en las aguas rusas del Extremo Oriente y reintegro mútuo de los gastos causados por los prisioneros.

En 20 de julio de 1907 se firmó el último convenio ruso-japonés, por el que cada una de las partes contratantes se compromete á respetar el territorio de la otra; reconocer la independencia é integridad de China; y se obligan á sostener el mantenimiento del *statu quo*.

El tratado de Portsmouth entregó á los nipones, con el dominio casi efectivo de Corea, la dirección de los asuntos exteriores de esta pobre península. Y como el Japón sólo esperaba un pretexto para acabar de apoderarse de ella, lo encontró en el acto realizado por el emperador de los coreanos al autorizar el envío disimulado de una misión á la Conferencia de la Haya de 1907.

El residente del Japón en Seul, duque de Yto, reprendió al anciano Yi-Hyeung su imprudencia, y cumpliendo las instrucciones del Mikado, le obligó á que abdicase el 18 de julio de 1907 en su hijo y sucesor Yi-Syek.

Hubo algunas luchas entre los naturales y los soldados japoneses; pero aquellos fueron duramente castigados por éstos; y, pacificados los motines, se firmó el 25 de Julio en Seul el nuevo Convenio nipo-coreano, entregándose de hecho la soberanía de la Corea al Japón.

El Imperio del Sol Naciente ha continuado, con este importante acontecimiento, su plan de japonización del Asia.

Más que los hechos históricos, que ligeramente hemos analizado hasta nuestros días, las causas fundamentales del rápido encumbramiento del Japón, como las del épico valor de sus soldados, hay que buscarlas en el alma japonesa, que se conserva pura, como hace miles de años, sin que haya sido influída por la filosofía de Occidente.

Su flexibilidad y su espíritu de asimilación han permitido al japonés adaptarse hábilmente á cuantas civilizaciones ha querido, y ha copiado con exactitud todo lo de Europa que podía interesarle, menos una cosa, que le habría perjudicado para continuar siendo lo que es: el excepticismo religioso, que hace á los hombres cobardes y egoistas. No ha renunciado á la metafísica de Sinto ni á la religión de Buda, y el dominio que una y otra ejercen sobre su cerebro y sobre su corazón, le hacen ser altruista y valiente, hasta la temeridad heroica que ha demostrado en todos sus hechos.

Los japoneses no creen que al destruirse su cuerpo, se aleje su alma del lado de las personas queridas; sigue viviendo en el seno de la familia. Asi dice el escritor inglés Kearn, que ha vivido veinte años en el interior del archipiélago, donde se casó con una japonesa: «Para los japoneses, los muertos no son menos reales que los vivos. Toman parte en la vida diaria del pueblo, en sus más simples goces, como en sus penas más humildes.

Asisten á las comidas de la familia, la protegen, velan por su bienestar, y se regocijan con la prosperidad de sus descendientes. Están presentes en las solemnidades públicas, en las ceremonias sagradas del culto, en las fiestas militares y en todas las diversiones que les son esencialmente consagradas...; todos los muertos habitan entre nosotros y nos gobiernan, influyendo no solamente en los pensamientos y las acciones humanas, sino también sobre las condiciones del Universo...

«El patriotismo, la piedad filial, el amor á la familia, el lealismo, han echado sus raíces en estas creencias sintoistas. El soldado que en la batalla, al grito de *¡Taikoku Manzai!* ofrece deliberadamente su vida, para abrir paso á sus compañeros; el hijo y la hija que, sin un murmullo, sacrifican todos los goces terrenos para salvar á sus padres..., todos creen obedecer la voluntad aprobadora de invisibles testigos.»

Únanse á estas condiciones psíquicas la proverbial sobriedad de los nipones, lo casi insensibles que son al calor, á la humedad y al frío, y el prurito que ponen los artistas, los escritores, las autoridades y todos los ciudadanos en fomentar en el pueblo, y sobre todo en los destinados á la guerra, los sentimientos patrióticos, y se comprenderá que sin necesidad de ser salvajes, sino cultos y muy cultos, los soldados japoneses llegan á extremos de un valor consciente, que no se encuentra en los más inconscientes guerreros de los primitivos estados sociales.

En estas condiciones se encuentra, y con estas condiciones se propone el Japón, con auxilio de la China, que podrá proporcionarle millones de soldados y elementos de todas clases, dominar, por lo menos, el Asia y el Pacífico. ¿De qué procedimientos se vale para desarrollar su política de imperialismo, y con qué medios cuenta para conseguir su objetivo? Este ha de ser el tema de la próxima conferencia, en la que veremos si es ó no fundada la alarma de Francia, de Inglaterra, del emperador Guillermo, de los yanquis, es decir, de Europa y América, ante el desarrollo de lo que se llama *el peligro amarillo*.

TERCERA CONFERENCIA

El peligro amarillo.--El conflicto yanqui-japonés

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORAS:

SEÑORES:

EL rápido bosquejo que en las dos conferencias anteriores hicimos del estado geográfico-político del Asia, nos permite deducir la consecuencia de que solo hay, en aquella vasta y antigua parte del mundo, dos naciones poderosas que puedan preocupar á las restantes de la Tierra: el gran Imperio Chino y el vigoroso Imperio del Japón. Las demás regiones, ó forman estados tributarios ó coloniales, ó tienen su independencia tambaleándose y á merced de alguna ambiciosa potencia. Y hay imperio colonial, como el anglo-índico, en situación tan precaria, según demostré en la primera conferencia, que está expuesto á sufrir transcendentales mudanzas; habiendo venido á apoyar y robustecer lo que entonces dije, los últimos telegramas de la prensa, que aseguran va aumentando en él, de día en día, la animadversión de los indígenas hacia sus dominadores y que van menudeando allí las conspiraciones y los motines. Igualmente, las noticias de Persia, posteriores á aquella conferencia, indican que continúan los disturbios y las colisiones entre partidarios y enemigos de la constitución y que Inglaterra trata de aprovecharse de las circunstancias en beneficio suyo.

Los dos imperios de raza amarilla, en cambio, progresan de tal modo, que han alarmado al mundo entero; las victorias del uno y el resuelto ingreso del otro, guiado por el primero, en los procedimientos modernos, constituyen el hecho político más importante acaecido en el mundo, en los años que van transcurridos del presente siglo.

Otras cuestiones hay que amenazan turbar la paz universal: las llamadas en Europa cuestiones de Oriente y de Occidente, ó de los Balkanes y de Marruecos, y los recelos mútuos de Alemania é Inglaterra. De estas, la de Marruecos es indudablemente la que de un modo más directo interesa y afecta á España, como quizá se demuestre al final de este curso de Geografía política. Pero tanto en ésta como en la de los Balkanes, va aplazándose el conflicto, y parece como si ya nos fuéramos acostumbrando á ellas. ¡Quien sabe si la conflagración general vendrá aun por alguna de las otras dos cuestiones! Nada importa la distancia: recuérdese que hace cuatro años tuvimos nuestros temores de que, desde las lejanas tierras de la Manchuria, pudieran llegarnos las salpicaduras de la guerra ruso-japonesa, que nos obligó á adoptar precauciones.

El conflicto anglo-alemán puede estallar el día menos pensado, por cualquier motivo ó pretexto, por la misma cuestión de Oriente ó por la de Marruecos. Recordemos también lo que dije en la primera conferencia, de que el Rey Eduardo, en estos últimos cuatro años, ha concertado tratados amistosos con Francia, con Rusia, la enemiga secular de Inglaterra, con China, con el Japón. Está también la Gran Bretaña en cordiales relaciones con España, después de su conducta poco amistosa para con nosotros cuando nuestra guerra con los yankis; lo está igualmente con los Estados Unidos y con las demás potencias. Pero con respecto á Alemania, no sólo no ha habido tratados, ni *entente cordiale*, sino que aumentan de día en día los mútuos recelos. Alemania, la primera nación militar del globo, ha creado en pocos años una escuadra, que es hoy la segunda del mundo. Inglaterra, la primera potencia naval, lo ve con temor, reorganiza y aumenta su ejército y se propone re-

forzar su escuadra, hasta que llegue á ser superior en un décimo á las de las dos naciones que las tengan más poderosas y puedan unirse contra ella. Estos progresivos aumentos de poder militar y estos recelos, también progresivos, han de tener su natural desenlace.

También han de tenerlo los efectos del rápido progreso del Japón y los propósitos que veremos le animan. Pero el Japón obra siempre sobre seguro: doce años, como dije en la conferencia anterior, estuvo preparándose para la guerra contra China, y diez para la guerra contra Rusia; y cuando fué á ellas, iba con la seguridad absoluta de vencer. Ningún japonés lo dudaba. Es altamente edificante   instructivo, sobre todo para los españoles, el espíritu de aquel país durante dichas guerras.

Mientras los periódicos de las colonias europeas y americanas trataban de desalentar   los nipones, todos los escritores del Imperio procuraron, no sólo destruir los efectos de la prensa extranjera, sino avivar más y más el patriotismo de los indígenas. Publicaron historias de los triunfos del Japón que, servidas   los suscriptores en entregas semanales ilustradas, se vendían en todo el país, mucho antes que ningún observador extranjero pudiera aventurarse   predecir el resultado final de la campaña. Los fabricantes de juguetes pusieron repentinamente en el mercado legiones de ingeniosos mecanismos, que representaban los enemigos huyendo,   vencidos por los japoneses,   atados como prisioneros. El anuncio de cada victoria iba seguido por una enorme manufactura y venta de impresos de color, que expresaban solamente, la mayoría de las veces, la fantasía del artista, pero muy   propósito para estimular el amor popular por la gloria. También aparecieron maravillosos juegos de ajedrez, cada una de cuyas piezas era un oficial   soldado japonés   enemigo.

Los teatros celebraban la guerra de un modo mucho más completo. Casi todos los episodios heróicos de la campaña eran reproducidos en la escena. Los mismos actores visitaban los campos de batalla para estudiar la acción y el medio, se caracterizaban de un moda realista, y con el auxilio de tormentas de

nieve artificiales, trataban de expresar las penalidades del ejército de la Manchuria. Cada muerte heroica era dramatizada tan pronto como la nueva se sabía. La muerte del corneta Shirakami Genjiro, que con el pulmón atravesado siguió tocando el toque de carga en la batalla de Song-Hwan, hasta que exhaló su último aliento; el valor triunfante de Harada Jinkichi, que escaló la muralla y abrió la puerta de una fortaleza á sus camaradas; el heroismo de catorce soldados de caballería que se sostuvieron solos contra trescientos de infantería; todos éstos y otros muchos incidentes eran reproducidos en mil teatros. Inmensas iluminaciones de linternas de papel, ilustradas con frases de lealtad ó de entusiasmo patriótico, celebraban el éxito de las armas imperiales ó recreaban los ojos de los soldados que iban á campaña. Se vendían paquetes de palillos en cada uno de los cuales había grabado en letras microscópicas, un poema diferente sobre la guerra. Todas las cosas acaecieron como el pueblo quería y esperaba.

Estos elementos contribuían y contribuirán aun durante muchos años á exaltar el heroismo del soldado japonés, sus ideas morales, sus creencias religiosas y su concepto de la muerte.

Tres años han transcurrido apenas desde que el Japón saldó sus cuentas con Rusia, cuando, ante el conflicto yanqui-japones, la poderosa escuadra del almirante Evans, después de su largo viaje, que ha llamado la atención universal, se presenta en las costas del archipiélago, donde los yanquis son recibidos por los nipones con los brazos abiertos, porque no están éstos aun preparados para una nueva guerra; necesitan tomar aliento. Pero las causas del conflicto subsisten; éste sólo está aplazado. El día que estalle, los japoneses serán nuestros vengadores en Filipinas; este archipiélago, las islas Hawai y los demás jalones que han establecido los yanquis en el Gran Océano para convertirlo en un mar americano, caerán en poder de los pequeños *japs*, de los *monos amarillos*, como les llaman los yanquis, y el Pacífico, en lugar de ser un mar americano, será un mediterráneo amarillo. Para ello se preparan los japoneses;

pruébalo el que las islas Hawai están ya invadidas por gente amarilla, que forma la parte más numerosa de la población, y más parecen hoy una colonia japonesa que una posesión americana.

De estos ideales del Imperio del Sol Naciente hemos de tratar hoy, como complemento del estudio del Asia, y por ser de trascendental importancia, como veremos, para el mundo entero.

El esfuerzo afortunado del Japón contra Rusia ha puesto en guardia á otras potencias europeas con dominios en Asia. Francia se conmueve ante el informe atribuido al japonés Kodama, que pretende expulsarla de la Indochina, aunque aplazando la empresa para 1910.

Auténtico ó no ese informe, vale la pena de tener muy en cuenta las ideas y aspiraciones que revela. Refleja, dice un escritor francés, un estado de alma general en toda la población nipona, ó por lo menos en sus clases directoras. Quieren ponerse en condiciones de proclamar y mantener la fórmula de *Asia para los asiáticos*, es decir, para los japoneses. Necesitan éstos más tierra; sus 10 millones de hectáreas cultivables no pueden mantener á 50 millones de seres humanos. Están muertos de hambre, sobre todo después de la guerra con Rusia, que, además, les ha envalentonado. Ni la Corea, ni la Manchuria les dan los recursos necesarios. El Tonquin, la Cochinchina, son presas muy seductoras, y natural es que se preparen á tomarlas. El peligro amarillo toma cuerpo, encarnado en los japoneses.

En la misma Inglaterra hay quien da ya la voz de alarma. La Gran Bretaña es una potencia asiática, y las victorias del Japón pueden ser el principio de su ruina militar y económica en la India. Si el conflicto iniciado con los Estados Unidos hace algún día á los nipones dueños del Pacífico, incontrastable ya su influencia ó predominio en China, no les será difícil enseñorearse del Asia.

Bastará para comprenderlo, recordar el discurso del expresidente del Consejo de Ministros japonés, conde de Okuma, en

la Cámara de Comercio de Kobe, hace ahora precisamente un año, en diciembre de 1907, en los momentos más críticos de la cuestión nipo-americana.

No veló su pensamiento el conde de Okuma. Directamente, escuetamente, ha proclamado la conveniencia de la japonización de todo Oriente, y de un modo singular de las Indias inglesas.

«La India y el mar del Sur, dijo, son una admirable salida para nuestros productos industriales, sin que eso suponga la renuncia de llegar á Europa, para lo cual navíos propios os llevarán á todas partes sin necesidad de utilizar barcos extranjeros.

»La soberanía del Japón se extiende sobre el Pacífico, el mar de la China, el Océano Indico, la India y Corea. Adonde quiera que vayais os protegerá la flota nipona.

»Cuanto á la India inglesa, la ocasión de ir allá es inmejorable. Trescientos millones de indios viven oprimidos por los europeos y nos tienden los brazos pidiendo protección y justicia. ¿Habremos de negársela? Sólo de nosotros aguardan ayuda. Nuestra historia y nuestro honor nos llaman á emprender esta grande obra de reparación y salud de un pueblo aherrojado.

»Si no aceptamos los favores del Cielo, no tardaremos en sentir los efectos de nuestra ingratitud, y los beneficios que no supimos aprovechar serán sustituidos por irreparables desgracias.

»Nuestra intervención en la India la explica suficientemente, y la justifica de sobra, el voto de los naturales del país, que demandan nuestro auxilio; pero, además, la reclama la conveniencia de que sea en lo porvenir el Océano Indico un mar japonés, en el cual nuestro pueblo tendrá base firme de su desarrollo y preponderancia.

»En la India obtuvo Alejandro riquezas para cargar 100 camellos é igualmente Mahamet y Atila. ¿Por qué los japoneses no hemos de poner la mano allí, cuando sus hijos lo piden con los brazos abiertos? No sólo á la India, al Océano meridional y á las demás partes del mundo deberíamos ir.»

Tal es en síntesis el discurso del expresidente del Mikado, que refleja los ideales del pueblo nipón.

Contenida ó anulada la influencia rusa, ha empezado aquél sus trabajos de japonización del Asia, por el Celeste Imperio.

La acción del Japón sobre China es evidente y la atestiguan numerosos hechos. Vencidos los chinos por los japoneses en 1894, parecía natural que aquellos se hubieran puesto en contra del pueblo que les impuso grandes sacrificios en territorio y en dinero. La guerra ruso-japonesa podía haberles proporcionado ocasión de tomar el desquite. Y sin embargo, la China simpatiza con el Japón y odia á Rusia, porque odia á los europeos, á los *diablos blancos*. Estos sentimientos se notaron ya con motivo de la intervención de 1900, cuando los ejércitos aliados se apoderaron de Pekin, después de la insurrección de los boxers. Los japoneses fueron los únicos que se ganaron la confianza de los chinos.

La simpatía de los chinos por los japoneses obró de un modo activo durante la guerra con Rusia; el japonés, reflexivo, metódico, concienzudo discípulo de los alemanes, reguló y organizó esta fuerza para sacar de ella el máximo efecto.

Durante los largos intervalos de descanso que separaban las batallas, los oficiales rusos se hacían sin cesar esta pregunta: ¿Dónde están los japoneses? ¿Qué hace Kuroki? ¿Qué hace Nodzu? Verdaderamente no sabían nada ó tenían siempre noticias contradictorias. Jamás un ejército en campaña estuvo en tan gran ignorancia como el ruso, respecto de la posición y movimientos de su adversario. Los reconocimientos de la caballería no llegaban á atravesar el espeso cordón de infantería que se extendía como un velo impenetrable delante todo el frente del ejército japonés. Cuando las fuerzas exploradoras llegaban á la línea de centinelas enemigos, algunos escuadrones echaban pie á tierra y desplegaban en tiradores. Las avanzadas japonesas se retiraban deprisa, perseguidas por una carga de caballería rusa. Pero pronto, sobre las colinas cubiertas de trincheras, se observaba movimiento; los japoneses ponían en posición sus

cañones, desplegaron su infantería y comenzaron un fuego nutrido. El reconocimiento había terminado, costando unas cuantas bajas, sin más resultado que haber visto cierto número de batallones enemigos, prueba que las avanzadas eran fuertes y debían cubrir tropas importantes. Lo que había detrás de ellas, la importancia de estas tropas, se desconocía. Para averiguarlo, hubiera sido preciso arriesgar una verdadera batalla.

La ignorancia de los movimientos y del número de enemigos fué una de las grandes desventajas de los rusos, una de las causas de su inferioridad. Se ha dicho que no conocían el país, que no poseían cartas del mismo, y que por esta razón fueron batidos. Pero esto no es exacto: hasta Liao-Yang, la carta del estado mayor ruso era excelente, tan buena, que los japoneses no utilizaron otra. Al N. de Liao-Yang, el país era bien conocido de los rusos, salvo en las montañas, donde el cuerpo de ejército de Stackelberg se comprometió, en efecto, un poco á ciegas. Pero los grandes ataques japoneses, los ataques decisivos que hicieron ceder al centro y al ala derecha rusos, tuvieron lugar en la llanura.

Todas las tentativas de los rusos para procurarse informaciones fracasaron á causa de la simpatía de los habitantes del país por los japoneses. No dando resultado los reconocimientos de caballería, recurrieron á los espías chinos. Procuraron educar los varios oficiales rusos inteligentes, que habitaban el país hacía tiempo, hablaban su lengua y disponían de sumas considerables para este servicio. Sus esfuerzos fueron inútiles: los chinos al servicio de los rusos se sentían, á pesar de todas las precauciones tomadas, observados, vigilados por una población hostil; temían ser descubiertos, denunciados, sorprendidos por los japoneses. No llegaba á decidirles el dinero, y si lo hacían, era cumpliendo mal su misión y llevando noticias sin valor.

En frente de esta organización rudimentaria, reducida, por la mala voluntad de los indígenas chinos y manchues, á una completa impotencia, hay que poner los magníficos resultados del sistema japonés. Algunos días antes de la ruptura de hosti-

lidades, la Manchuria, las grandes ciudades, sobre todo Puerto-Arturo, rebosaban de japoneses. Todo lo que había allí de algún interés era conocido en sus menores detalles. Empezada la guerra, una red de agentes innumerables se extiende por todo el país y mantiene á los japoneses al corriente de todo. No llega un tren militar, no se mueve una compañía, un cañón, un general, sin que los japoneses estén inmediatamente informados. Sus emisarios llevan la noticia á la primera estación telegráfica, donde se encuentra un japonés que la telegrafía al cuartel general.

Durante los combates de artillería, sobre algún montículo próximo á las baterías rusas, un hombre agita á veces banderas y regula así el tiro de los japoneses. Los rusos cazaban estos hombres, que eran chinos que se habían familiarizado con el tiro de los modernos cañones. La tarde de la batalla de Yentai, las baterías japonesas tiraban hacia dos horas hacia unas baterías rusas ocultas, sin llegar á descubrirlas. De pronto el tiro japonés se rectifica sin tanteos, sin vacilación, como por milagro; los proyectiles llueven sobre los cañones rusos, causando numerosas bajas. Los artilleros estupefactos miran por todos lados; detrás de ellos, un chino, desde lo alto de un árbol, hacía las señales.

Los espías chinos, tan numerosos y tan bien instruidos, no bastaban aun. Los chinos son siempre chinos, poco versados aun en las cosas de la guerra, susceptibles de engañarse en las observaciones. Cuando se trataba de una información difícil, la hacían los mismos japoneses disfrazados de chinos. El japonés se disfraza de chino bien y pronto: es la comprobación material de su parentesco: son primos hermanos. El japonés para disfrazarse de chino se pone una coleta postiza. Algunos nipones, desde hace pocos años, hasta se dejan crecer la coleta, en previsión de los servicios que puedan prestar durante la guerra. Un japonés, bajo el disfraz chino, puede engañar á un europeo; pero un chino le reconoce enseguida, por bien disfrazado que esté. Estos espías japoneses no podían, pues, circular por el campo sino con la complicidad de la población.

Esta fué una de las grandes fuerzas de la guerra: sin disminuir en nada los brillantes méritos del ejército japonés, sin olvidar los defectos intrínsecos del ejército ruso, esta fuerza que servía á los unos y dañaba á los otros, tuvo efectos considerables. Material y moralmente, los chinos fueron los auxiliares de los japoneses. Ellos les proporcionaban noticias, hombres y dinero. Los bandos de Kunghuses que inquietaban sin cesar á los rusos, estaban al servicio de los japoneses. La Mongolia, que hubiera podido abastecer indefinidamente al ejército de caballos y de ganado, estaba cerrada á los rusos desde seis meses antes de la guerra, por los bandos que organizaron los japoneses.

Los que, durante nuestra guerra con los yanquis, tuvimos la desgracia de encontrarnos en el interior de la isla de Luzón, podemos atestiguar la desventaja con que se lucha cuando el país es completamente hostil á uno de los contendientes y favorece al otro.

En la guerra ruso-japonesa, el Japón tenía todas las ventajas. Y esta desigualdad de la lucha, el oficial, el soldado ruso, á quien se había arrancado de su hogar para enviarlo á batirse en un Oriente lejano, la sentían desde el primer momento. Tenían delante de ellos un ejército tan fuerte como los más fuertes de Europa, y para vencer á este ejército, que operaba sólo á algunas jornadas de su país, ellos habían ido encerrados en vagones durante un viaje de cuarenta días. Y cuando al salir de su prisión rodada, llegaban á alguna de aquellas inmensas ciudades chinas, Liao-Yang, Mukden, todo les asombraba, todo les inquietaba; sólo les sonreían los comerciantes que se preparaban para robarles. Por orden del comisario imperial, todos los tenderos de Mukden izaban en su puerta la bandera rusa, el día de alguna fiesta rusa, religiosa ó patriótica. Pero todos guardaban, en el interior de sus tiendas, una flamante bandera japonesa, que acababan de fabricar, esperando la ocasión de desplegarla. Los rusos lo sabían; y demasiado prudentes, ó demasiado fatalistas, se resignaban á esta fatalidad. Se batían sabiendo que no podían vencer, empeñados, sin embargo, en de-

fenderse, y consiguiendo con su feroz tenacidad, no ser ja más completamente derrotados.

Este era el espíritu del país durante la última guerra entre blancos y amarillos.

Esta guerra ha tenido importantes consecuencias, tanto para Rusia, que fué su víctima, como para China, que fué al fin y al cabo su objetivo; ambas han sufrido las resultas hasta la médula de su organismo social; se han conmovido hasta los fundamentos de su vida nacional. Para una y otra la guerra ha sido la causa de una conmoción profunda en su constitución y en sus destinos. La guerra ha sido una vez más, el resorte poderoso cuya distensión súbita precipita las revoluciones y propaga á lo lejos sus efectos.

Ya después de la guerra de 1894, en que los japoneses demostraron á los chinos, batiéndolos sin dificultad, la superioridad de la civilización europea que acababan de adoptar, la China empezó á abrirse poco á poco á los métodos extranjeros. La Gran Muralla, que la aislaba del resto del mundo, como un prodigioso anacronismo, se hunde. Hasta entonces, satisfecha de contemplar sus propias virtudes en sus viejas filosofías, despreciaba, como invenciones diabólicas, todo lo que venía de los *bárbaros del mar*. Ahora acepta la escuela de los extranjeros. La crisis de 1900 no ha sido más que una sacudida pasajera, la última resistencia á una revolución inevitable, cuyo triunfo ha precipitado. La guerra de 1904 ha vencido las últimas repugnancias de China; el Imperio del Centro orienta decididamente hacia destinos nuevos su existencia nacional: no será éste uno de los menores resultados de las grandes batallas de la Manchuria.

La reforma fué intentada, de junio á octubre de 1898, por el emperador Kouang-Siu, que acaba de morir.

El preceptor del Emperador había hecho leer á su discípulo dos libros de Kang-Yu-Wei, que tratan, uno de la Historia de Pedro el Grande, el otro de la revolución de Meiji en el

Japón. Kouang-Siu soñó ser un Pedro el Grande y llamó á su lado á Kang-Yu-Wei. Los edictos reformistas emanaban directamente de la voluntad imperial en todas las formas legales. Confucionista ortodoxo, Kang-Yu-Wei invocaba la autoridad de los filósofos clásicos, predicando la vuelta á las sanas doctrinas y á las antiguas costumbres. Los reformistas aceptaban el estímulo y el apoyo moral de los japoneses.

El emperador Kouang-Siu nunca fué un soberano de veras. Cuando murió su antecesor Yong-Tche, la madre de éste, Tsu-si, mujer ambiciosa y tenaz, especie de Catalina de Médicis china, se impuso y logró que fuese proclamado, en 1875, un sobrino suyo de tres años de edad. Este sobrino era Kouang-Siu, que ha fallecido á los 36 años de una vida triste y monótona. Su terrible tía, partidaria del antiguo sistema, le dominaba de tal suerte, que la única vez que quiso tener voluntad propia, cuando en la fecha citada inició las reformas, atajó inmediatamente sus pasos, le obligó á firmar su propia inhabilitación, le encerró en el fondo de su palacio, y volvió á tomar ella las riendas del poder, que ha ejercido hasta su muerte. Me hallaba yo precisamente en Hong-Kong en octubre de 1898, cuando se desarrollaron aquellos importantes sucesos, que eran allí objeto de la conversación general y sobre los que publicaban largas informaciones los periódicos.

Varios partidarios de Kang-Yu-Wei fueron decapitados; él consiguió ganar un buque inglés y huyó á Singapur. Vive hoy día en la India, donde es huésped y protegido del virrey. Aguarda allí, estudiando bajo la dirección de los ingleses las instituciones y las costumbres europeas, que le permita volver á China la muerte de la Emperatriz viuda, que precisamente acaba de ocurrir ahora. Pero sus ideas se han abierto paso rápidamente; hoy se hallan triunfantes; han sido adoptadas por la misma corte, explotadas y realizadas por sus antiguos enemigos. Al año mismo de haber abortado la tentativa del Emperador, encontró la reforma un elevado intérprete en la persona de Tchang-Tche-Tong, el poderoso virrey de los dos Hou; su libro famoso, *Exortación al Estudio*, es el verdadero manifiesto del partido

reformista. Tchang-Tche-Tong es un réformador y un nacionalista; su voz indignada no ha dejado de protestar cada vez que el Gobierno ha cedido alguna porción del territorio chino. Recomienda adoptar del extranjero todo lo que se encuentre útil al Imperio y pedir á los japoneses consejos y profesores. El virrey de Tche-li, Yuan-Chi-Kai, de gran influencia en la corte, antes enemigo de las reformas, es hoy día, con Tchang-Tche-Tong, el más celoso propagador de las ideas y de los procedimientos japoneses. La influencia preponderante de estos dos personajes ha determinado una evolución general en el espíritu público. Actualmente, aparte de algunos mandarines y letrados que se mantienen opuestos á toda innovación, la China acepta y pone en práctica las ideas reformistas. La corte ha seguido el movimiento, y los últimos edictos de la Emperatriz dejan atrás los que Kang-Yu-Wei inspiró al Emperador en 1898.

Dirigido por virreyes como Yuan-Chi-Kai y Tchang-Tche-Tong, el movimiento reformista es oficial. Tiende á reformar el Imperio por edictos imperiales, á imitación de los japoneses y con su apoyo. Nada de revoluciones, en el sentido político de la palabra; la dinastía es respetada, al menos provisionalmente; la unidad y la integridad de la China no se discuten.

Los japoneses, por su parte, desde que las victorias de sus ejércitos y escuadras alejaron del Celeste Imperio la influencia rusa, han creído llegado el momento de establecer su hegemonía protectora sobre la dinastía reinante y sobre la China entera: el Japón preponderante en una China intacta, parece ser la fórmula que prevalece en Tokio.

La *Liga mútua de la civilización en el Asia Oriental*, fundada en Tokio en 1899, no cesa de trabajar para conseguir que la China, la Corea y el Japón formen un solo Estado, ó por lo menos una Confederación, que impida la explotación de la raza amarilla por la blanca.

Allí donde puede, y especialmente en Corea y en el Pechili, la Liga funda escuelas japonesas, en las que se da una enseñanza hostil á los occidentales. En las escuelas superiores de Tokio y de Shangai se educan los jóvenes chinos llamados á ser

profesores en los establecimientos de la Liga. Las Facultades creadas en varias ciudades de China, con profesores procedentes del Japón, contribuyen á propagar las ideas y á realizar el programa del partido nacional japonés. Estos centros nipones de enseñanza van dejando sin alumnos las escuelas sostenidas por las misiones cristianas. El chino ilustrado siente la necesidad de apropiarse los adelantos de Europa, pero teme á la propaganda cristiana. El japonés le lleva la civilización, sin preocuparse en lo más mínimo del proselitismo religioso.

La prensa es otro medio de acción, un auxiliar poderoso de la política japonesa. Hay en China centenares de periódicos, la mayor parte fundados después de la insurrección de los boxers; sus redactores son japoneses y tienden á poner muy por alto la superioridad de la raza amarilla. El ideal de chinos y japoneses es expulsar de Asia á los bárbaros de Occidente, hombres, dicen, que descienden de razas ó castas despreciables, que los asiáticos rechazaron de sus tierras en pasados siglos porque su contacto les envilecía; pueblos débiles y cobardes, de menor inteligencia que los amarillos y que pasajeramente han logrado imponerse, gracias á sus progresos materiales. Los amarillos valen tanto, que en unos cuantos años pueden hacer y han hecho lo que los blancos sólo han podido conseguir á costa de siglos y siglos; saben apropiarse, perfeccionándolos, todos los inventos de la civilización europea; tienen que sobrepujar á Europa y América y tomar la suprema dirección de la cultura humana. Ante todo, hay que robustecer las fuerzas nacionales; lo que el Japón ha hecho, lo puede hacer China en menos tiempo aun. En la ciencia y en las artes de la guerra los japoneses están demostrando que superan á los europeos, y el día en que, bajo la dirección de aquellos, China haya organizado su ejército y su escuadra, la raza amarilla impondrá su ley al mundo. Tal es la substancia de los artículos que ahora se escriben en la prensa chino-japonesa.

Auxiliares eficacísimos de esta empresa son los mandarines, los letrados reformistas que tuvieron que emigrar al Japón, y se han convertido en los más entusiastas partidarios de la alian-

za chino-japonesa. Además, muchos jóvenes chinos estudian en la Universidad de Tokio y en las escuelas militares del Japón; serán, en su día, plantel escogido de la nueva oficialidad de los ejércitos de China.

Atienden también los japoneses al fomento de sus relaciones comerciales con China. Sus Bancos establecen sucursales en las principales ciudades del Celeste Imperio; en ellas abren tiendas y almacenes y presentan los artículos tan perfectamente adaptados al gusto y á las necesidades de sus hermanos de raza, que poco á poco van expulsando de los mercados chinos los géneros similares de Europa y Norte América.

Los hechos, pues, confirman el acierto de quienes, tiempo ha, dieron la voz de alarma, llamando la atención de Europa sobre la inminencia del peligro amarillo, en su doble aspecto político y económico, y hoy podríamos añadir hasta en el militar.

China, por su población, por su territorio, por su organización social, representa una fuerza enorme, y el Japón trata de aprovecharla para ganar y conservar la hegemonía de su nación y de su raza en el mundo. Factor importante de esta fuerza es lo que pudiéramos llamar el *coeficiente bélico* de los chinos, sobre el que se tiene hoy, generalmente, una idea bastante equivocada.

Los occidentales nos hemos acostumbrado á mirar con desprecio al soldado chino, efecto de multitud de causas que en él concurren, entre las que hay que incluir el desconocimiento de los principios fundamentales del arte militar y la errónea creencia de que la nación no necesitaba aprender nada de nadie. Pero estas deducciones no se basan en el estudio de la capacidad combatiente del *hijo del cielo*, sino en el resultado de las luchas que han sostenido con fuerzas militares debidamente organizadas y provistas de cuantos medios se han inventado para multiplicar la fuerza del combatiente; en tanto que China, en plena decadencia política, poseía ejércitos sin equipo, sin instrucción, sin organización, sin oficiales y hasta con armas modernas en cuyo manejo no se adiestraba el soldado. La lucha sostenida

en estas condiciones, no puede servir de norma para determinar el valor militar de un pueblo; variando, como están hoy en vias de variación, estas condiciones, variará la capacidad militar de la China.

No deja de ser instructivo y curioso que este pueblo, á quien con tanto desprecio se mira hoy por considerarlo como uno de los más cobardes de la tierra, sea de los que han mantenido campañas militares más brillantes y realizado hechos más heróicos. La evolución del imperio chino se ha realizado á través de un inmenso campo de batalla. Cada una de las veinticinco dinastías que han reinado en el vasto imperio, ha sido la obra de un general victorioso.

En China se ha sentido siempre la necesidad de pelear, con propios ó extraños. Cuesta trabajo creer el encarnizamiento con que allí se ha combatido. Dicen los historiadores que durante las guerras sostenidas en el siglo VIII, periodo de declinación de la dinastía Tang, la población quedó reducida á 35 millones de habitantes. En la batalla de Chonghi, á mediados del siglo XVI, cerca de 300.000 soldados quedaron en el campo ó se ahogaron en las turbulentas aguas del Hoaiho. La rebelión de los Taiping, hace cincuenta años, ocasionó la muerte á varios millones de personas.

La conquista de China se ha realizado dos veces, una por los mongoles, al mando de Genghis-Khan, y otra por los manchues. Ambas han ocurrido en periodos de decadencia política, semejante á la que nosotros mismos hemos presenciado en el siglo XIX. Durante la conquista tártara, China estaba dividida en dos grandes reinos rivales, ambos á punto de disolverse. Sobre ellos se precipitaron, desde las fronteras de los desiertos de Shama, los terribles mongoles, al mando de los más grandes conquistadores que ha conocido el mundo, y aun así necesitaron setenta años para someter un imperio políticamente corrompido y disuelto. En mucho menos tiempo, toda el Asia central y occidental y la Europa oriental fueron recorridas en triunfo por aquellos jinetes salvajes y sometidas á sus banderas, formadas con colas de vaca. El occidente de Asia, Rusia, Polonia, Hun-

gría, Bulgaria, Rumania y Bosnia doblaron la cerviz al yugo de los tártaros, antes de que China aceptase la dinastía de los Yen. La defensa que hizo el pueblo de su libertad y de su nacionalidad fué tan grande por su heroísmo, como larga por su duración.

No menos heróicos que nuestros sitios de Numancia y de Sagunto, fueron los de Sianyong y Fanching, que duraron cinco y cuatro años respectivamente. Cuando los sitiadores entraron triunfantes en ambas plazas, sólo encontraron cenizas y ruinas. Los últimos defensores se inmolaron voluntariamente para no caer en poder del enemigo.

La campaña de 1791 contra los gurkos, los soldados más bravos del ejército anglo-indio, constituye un ejemplo bien elocuente de lo que valen los chinos bien dirigidos. Procedentes de las vertientes del Himalaya, invadieron los gurkos el Tibet, atraídos por las riquezas fabulosas de sus celebrados templos. Los tibetanos acudieron á Pekin en demanda de auxilio, y el Emperador dispuso que el general Sungfu acudiera á prestárselo desde Lining, comarca situada á 1.500 km. de Lhasa. La expedición tuvo que salvar las altísimas crestas, siempre nevadas, de Kuku-Nor, pasar los peligrosos desfiladeros de Dakzy y las abruptas gargantas del Mur-Ussu y atravesar los helados campos de Shimb-den Gobia. Los anales militares de todas las naciones de la tierra no registran una marcha tan estupenda como la realizada por Sungfu en la comarca llamada *Techo del Mundo*. Los gurkos, á pesar de su indiscutible valor, fueron vencidos en combates librados á alturas inconcebibles, donde hasta hace poco no había puesto los pies ningún europeo, y donde el esfuerzo físico se debilita en tales términos, que hasta el trabajo más insignificante resulta angustioso. Esta campaña constituye una de las empresas militares más memorables de la historia y demuestra que el soldado chino, bien dirigido, es capaz de realizar grandes hechos de armas.

Si esto es así, ¿cómo se encuentra hoy la China tan distanciada aun de las naciones occidentales? La principal razón es por su decadencia política durante el último siglo, momento

histórico en que precisamente las naciones de Europa han inventado y perfeccionado las poderosas armas que emplean sus ejércitos; y porque la evolución militar de estos países es la resultante de la evolución sucesiva y simultánea de todos ellos, en tanto que la de China ha sido hasta ahora puramente china, producto de su trabajo exclusivo, realizado sin ayuda de nadie, como ocurre con su legislación y costumbres.

Pero en el momento actual, China se reorganiza, pretende corregirse de la corrupción y de la indiferencia política, adoptando un sistema distinto y haciendo muchas cosas que jamás se habían hecho allí hasta ahora. Aunque se han producido cambios maravillosos, todavía queda mucho por hacer. Hasta ahora los ejércitos del Imperio no pasaban de ser milicias regionales. Cada región levantaba su ejército propio, de suerte que no había dos fuerzas militares que se pareciesen en ningún concepto. Una había adoptado el sistema alemán y los instructores alemanes, otra el francés, otra el inglés, otra el japonés, otra el ruso, otra el suyo propio y otra ninguno. Los instructores militares europeos han sido reemplazados por japoneses; éstos también se han encargado de dirigir la policía de Pekin.

Se ha creado un organismo central, el Lieng-Ping-Tchou, especie de consejo superior, en el cual predomina la voluntad de Yuan-Chi-Kai, el más japonizado de los virreyes; se han organizado oficinas correspondientes á una especie de Ministerio de la Guerra. Se ha dividido el Imperio en 20 regiones militares, correspondientes á las 18 provincias, al Turkestán y á la circunscripción de Pekin; cada una de estas regiones debe tener dos divisiones, comprendiendo doce batallones de Infantería, Caballería, un regimiento de Artillería y una compañía de Ingenieros.

El príncipe Po-lun, comisario imperial que fué en la Exposición universal de San Luis, se ocupa al presente en reorganizar la escuadra bajo los auspicios del Japón.

Si con la japonización de China viene, como es natural, la completa nacionalización de los ejércitos regionales, se dará un paso gigantesco en el camino del engrandecimiento mili-

tar del Celeste Imperio. El día que ésto se haya realizado, China mantendrá en pie de guerra un ejército permanente de más de un millón de hombres, con menos gasto del que hace hoy para mantener armadas sus milicias. En tiempo de guerra sería fácil darles la unidad, cohesión y eficiencia que tienen los ejércitos europeos, porque pocos países poseen mejor materia prima que China para hacer buenos soldados. La resistencia del chino para el trabajo y la fatiga es inconcebible. Jamás se queja de las penalidades, cuando comprende que son necesarias para el fin propuesto. Su gentileza en la paz se trueca fácilmente en atrevimiento y desprecio de la vida en la guerra. Tienen inteligencia bastante para comprender y asimilarse los detalles de la instrucción técnica y respetan, hasta la veneración, á las personas revestidas de autoridad; de suerte que el mantenimiento de la disciplina, una de las bases fundamentales de los ejércitos, es en aquel país relativamente fácil.

Vimos en la conferencia anterior el predominio del Japón sobre Corea. Acabamos de ver el estado en que se hallan, respecto á aquel Imperio, la Manchuria y la China, así como la importancia positiva, y cada día creciente, del Celeste Imperio. Cuando hayan producido todos sus efectos los activos trabajos de japonización de estos países, ¿qué resultados dará la unión de todos ellos, teniendo en cuenta las ideas que hemos visto dominan en el Japón? La Geografía política del Asia oriental, incluso el Gran Archipiélago asiático (las Malayas), entra en vías de radical mudanza. Hombres llegados de Europa y de América usurparon á las razas amarilla y malaya sus dominios naturales é históricos; vencidos los rusos, deben los franceses, los holandeses, los ingleses, los portugueses y también los yanquis, dueños de Filipinas, irse preparando para resistir el formidable choque y para hacer frente á las grandes crisis que ha de ocasionar el ingreso de China, dirigida por el Japón, en la vida moderna, suceso el más trascendental ocurrido en la política del mundo, como he dicho, en lo que va de siglo XX.

El reciente incidente ocasionado por el apresamiento del vapor *Yatsu-Maru*, pone ya en guardia á Portugal, que teme por el porvenir de su colonia de Macac. Los chinos, percatados hoy de que pueden burlarse impunemente de la soberanía portuguesa en aquellas posesiones, hacen ya caso omiso de leyes y tratados vigentes, que hasta ahora habían respetado.

El peligro amarillo ya no es una hipótesis; acaba de recordarlo el emperador Guillermo. Para atenuar sus palabras, y el mal efecto que han hecho en el Japón, se ha dicho que se refería sólo á la China y á Mongolia. Para mí es lo mismo; ya hemos visto la influencia que ejerce el Japón sobre todos los países de raza amarilla. El peligro amarillo resulta hoy de la unión de todos los pueblos de esta raza, bajo la dirección del Japón.

Hace algunos años leí en la *Ilustración Española y Americana* un fantástico artículo relativo al peligro amarillo. Se suponía en él que, unidos China y Japón, después de conquistar el Asia, invadían la Europa, recorriendo triunfantes Rusia y Alemania y atravesando toda la Europa central, hasta llegar á las llanuras del N. de Italia, donde, durante un combate contra los ejércitos europeos coaligados, lanzaron éstos, desde sus globos dirigibles, no se que proyectiles ó máquinas infernales, que produjeron tales estragos y tal pánico en las filas de los asiáticos, que emprendieron éstos la retirada hacia Oriente, no parando de correr hasta llegar á las costas del mar Amarillo.

Han transcurrido algunos años desde entonces.

¿Es hoy verosímil esa fantasía, teniendo en cuenta los adelantos conseguidos estos últimos tiempos en China y sobre todo en el Japón? Desde luego lo del pánico producido por efecto de cualquier invento europeo, no; porque el ejército japonés está á la altura de los mejores ejércitos de Europa y conoce, ó puede conocer, y hasta fabricar, las más modernas y perfeccionadas máquinas de guerra; la invasión de Europa, no hoy, sino aun el día que esté completamente organizado á la moderna el ejército chino, no es cosa fácil, aunque tampoco es inverosímil.

Cuando el Japón haya realizado sus ideales en Asia y en el Pacífico, y la China esté ya á la altura del Imperio del Sol Na-

ciente, no es inverosímil suponer que puedan dirigir sus miradas á Europa. Recuérdense las palabras, que he citado, del conde de Okuma, cuando dijo, al hablar de la India: *sin que eso suponga la renuncia de llegar á Europa*. Téngase presente que ambos imperios reunidos podrán presentar ejércitos de millones de hombres; y no olvidemos que del Asia salieron las invasiones mongolas, cuyas conquistas son, entre todos los acontecimientos referidos por la historia, las que más sangre han derramado y dejado tras de sí más vastas soledades, haciendo famosos los nombres de Djenhis-Khan y de Timur-Lenk, cuyos dominios llegaron á ser mucho mayores que los de las más grandes naciones de hoy día, pues la extensión hollada por los cascos de los caballos tártaros puede evaluarse en veintiocho millones de kilómetros cuadrados, que es cerca de la mitad más de la que posee en nuestros días el imperio británico con sus numerosas dependencias en todos los continentes y en todos los mares, ó la Rusia con sus anejos siberiano y turquestánico.

Pero las condiciones del medio que permitieron á los mongoles hacerse la nación conquistadora por exce'encia, no volverán á encontrarse, porque después de aquella época ha cambiado algo la superficie de la tierra, y en mayor proporción, las poblaciones mismas. No hay duda que una extensa llanura fácil de recorrer, exceptuando el paso de anchos ríos, se desarrolla en nuestros días, como entonces, á través de una gran parte del Mundo Antiguo, desde la cadena ribereña del Pacífico hasta el Báltico y el Mar del Norte; pero entonces los obstáculos puestos por los hombres en ese inmenso campo de carrera, eran fáciles de rodear ó de reducir, y las poblaciones, muy separadas entre sí, carecían de número para agruparse en masas coherentes y resistir á ataques repentinos.

Hoy han cambiado por completo las circunstancias en que se hallan las naciones de Europa.

Además, hoy por hoy, el Japón, director de ese movimiento, no está siquiera en condiciones de ultimar su misión en Asia, ni en el Pacífico, como veremos enseguida, al tratar de su conflicto con los Estados Unidos del N. de América, cuestión

relacionada con el peligro amarillo, ó mejor, que forma parte de él, ya que hoy amenaza este peligro tanto á Oriente como á Occidente.

Y no falta, por último, quien pretende que si los japoneses han podido pensar que el despertar de un sentimiento nacional en el Celeste Imperio ha de servir á sus intereses en detrimento tan solo de europeos y americanos, observarán, quizá pronto, que sus lecciones han sido demasiado bien comprendidas, á juzgar por el siguiente himno, que se hace cantar, de algunos años á esta parte, á los niños en las escuelas primarias de la provincia de Kiang-sou:

«Pido á Dios que nuestro país se haga fuerte (en sus fronteras) como el metal; que sobrepuje á la Europa y á América; que subyugue al Japón; que sus ejércitos de mar y tierra se cubran de una gloria brillante; que sobre toda la tierra flote el radiante estandarte del Dragón; que próximamente el dominio universal del Imperio se extienda y progrese. No digamos que su venerable grandeza ha sido en vano afligida; la India se ha extinguido como potencia; el imperio de Persia ha acabado. Haced que nuestro Imperio, como un león dormido, que súbitamente despierta, se precipite rugiendo en la arena de los combates.»

En efecto, existe en la China, sobre todo en las provincias meridionales, un partido resueltamente reformista, pero al mismo tiempo nacionalista. La influencia á veces indiscreta, la protección á veces opresiva de los japoneses, inquieta ya á ciertos chinos, que ven claro el porvenir. Las evoluciones se suceden hoy día rápidamente en Extremo Oriente. El exceso de celo de los jóvenes japoneses alarma el patriotismo naciente de ese partido nacionalista; admite éste que la China tome de los extranjeros sus procedimientos y sus capitales, pero á condición de conservar toda su independencia y toda su autonomía; pide que la China se arme, pero entiende que ha de ser para resistir á toda presión extranjera, venga de donde venga, y para poder vivir sin socorros onerosos. Ya algunos virreyes y ciertos diarios piden que las escuelas militares sean puramente chinas. El jefe de los

revolucionarios del Sud, Sun-Yat-Sen, separa su causa de la del Japón y rechaza su asistencia desde que Mutsu-Hito, embriagado por sus victorias, tiende á dominar la China entera, sea protegiendo su actual dinastía, sea substituyéndola por un emperador de su elección.

Las muertes del emperador Kcuang-Siu y de la emperatriz viuda Tsu-si pueden dar origen á importantes sucesos, cuyo alcance es difícil preveer, pero que preocupan á las naciones que tienen intereses en China. Por de pronto, parece que los Estados Unidos han enviado á sus costas algunos de los acorazados que tenían en Manila.

El actual regente, príncipe Chun, hombre joven y culto, que ha estado en Europa y posee el francés, el inglés y el alemán, es decididamente reformista, y va publicando una serie de decretos imperiales que parece tienden á preparar la implantación del régimen constitucional.

Pero, volviendo al partido nacionalista, es la verdad que, aunque no despreciable, está hoy en minoría. Las regiones del Norte, que son las dominantes, son indiscutiblemente partidarias del Japón. Además, no está aun el Celeste Imperio en condiciones de valerse de sí propio para el desarrollo de la evolución que ha iniciado. Necesita irremisiblemente del Japón para entrar en la vida general del mundo civilizado.

Pero no estando, como hemos dicho, preparados los japoneses para realizar en toda su extensión sus ideales, el peligro amarillo, aunque real, es hoy un peligro relativo. Quienes corren el riesgo y habrán de sufrir el daño son los poderes políticos, militares y económicos hoy dominantes.

La participación de las gentes de raza amarilla en todas las manifestaciones de la vida civilizada, no supone, en último término, más que un cambio de posición y un aumento numérico de los Poderes ó Centros directivos, y un acrecentamiento también, en calidad y en número, de las fuerzas productoras, circunstancias bien favorables por cierto para la Humanidad, porque serán más los núcleos impulsores del progreso, y más, muchísimos más, los hombres que cooperen en el desarrollo de los

elementos de producción y de consiguiente riqueza y bienestar general.

Bajo la bandera del Imperio del Sol Naciente, los orientales se preparan á reingresar en la Historia y á ser los únicos señores de sus tierras. Tienen y tendrán que hacer valer su derecho por medios violentos; sobrevendrán, acaso, nuevas guerras y calamidades de todo género; pero el desconcierto y los males que producen las grandes transformaciones históricas son siempre pasajeros. Las crisis sociales y económicas pasan; cae lo que debe caer, lo que sólo por la fuerza, la ignorancia ó el egoismo brutal se impuso. Queda y se perpetúa y fortalece el sentimiento de la solidaridad humana que derriba fronteras y apaga los odios nacionales y obliga á las razas soberbias á reconocerse de igual naturaleza que las otras.

* * *

¡ Rara coincidencia! El territorio de los Estados Unidos y el archipiélago japonés fueron descubiertos por los europeos casi al mismo tiempo, en la época de los grandes descubrimientos geográficos, siglos XV y XVI. La gran República americana fué, como vimos, la primera nación de raza blanca que obligó al Imperio del Sol Naciente á entrar en relaciones con los pueblos occidentales. Su último presidente Roosevelt ha sido el pacificador de la guerra ruso-japonesa; y antes de que aquel abandone el poder, se interrumpen las buenas relaciones que hasta el siglo XX han existido entre yanquis y nipones.

Poco más de medio siglo ha pasado desde que los americanos, los *barcos negros*, hicieron abrir los puertos japoneses al comercio extranjero, y hoy son los yanquis quienes sueñan en cerrar su territorio á la inmigración japonesa. Entre estos dos términos extremos, la historia de los dos pueblos se ha desarrollado, modificando, en el orden político y en el orden económico, la posición del uno y del otro, despertando por intereses

nuevos las pasiones antiguas, reanimando, á despecho de simpatías políticas, los conflictos atávicos, estableciendo, bajo forma inesperada, esta cuestión del Pacífico, nudo moderno del eterno problema que se llama el dominio de los mares.

Son los dos pueblos que más tarde han entrado en el concierto de las naciones civilizadas, y los que en menor espacio de tiempo han llegado al mayor grado de poder. Son ambos estados de los más importantes de la Tierra; los dos acaban de conseguir rápidas victorias; son los campeones de los estados modernos. Sólo falta saber de cual ha de ser el triunfo definitivo, en el combate que un día ú otro han de librar, para rendir tributo á esa especie de ley histórica que puso á Roma enfrente de Cartago, al Papado enfrente del Imperio, á los Borbones enfrente de los Austrias, y á todo poderoso, enfrente de su igual, como si no pudiesen los dos convivir, por no haber más que un solo sitio para un solo poderoso.

Hay entre los dos pueblos muchos intereses contradictorios. La ley de su expansión lleva á los americanos de Oriente á Occidente. Desde el día en que, protegida por altas tarifas, su industria ha necesitado mercados exteriores, los ha buscado hacia el Pacífico, hasta el Asia. Y desde el día en que han lanzado hacia Occidente sus ferrocarriles transcontinentales, se han dirigido á ser comercialmente los dueños del Pacífico. Han comenzado por poblar la California y el *Far West*, el Extremo Oeste. Después, por un movimiento instintivo, han mirado más lejos. Han soñado con un Pacífico que fuera un Mediterráneo americano. Y del ensueño han pasado á los actos; las Hawai, las Samoa, una parte de las Marianas, las Filipinas, forman hoy en el Gran Océano los jalones del poder americano. Y como el *hierro llama al oro*, el comercio americano no tardó en desarrollarse al abrigo del pabellón estrellado. En China, sobre todo, las importaciones de los Estados Unidos han progresado rápidamente.

Pero no contaron los yanquis con la huésped, que es aquí el poder japonés. Basta, en efecto, echar una mirada sobre un mapa, para no dudar de ello. Aun económicamente, nadie pue-

de lisonjearse de ser dueño del Pacífico, sino en la medida que lo permita el Japón. Y ello lo han advertido los americanos, cuando desde 1904 sus productos han sufrido sistemáticamente el *boycottage* en toda la China, por la influencia manifiesta de los japoneses. En el mismo Japón es incontestable la voluntad de librarse de la intervención comercial de los extranjeros.

La guerra ruso-japonesa, que al principio había proporcionado á las simpatías nipo-americanas ocasión de afirmarse, ha tenido por efecto final acusar entre los dos países la antinomia de intereses. Después de su victoria, el Japón es la primera fuerza moral y material del Pacífico. El sentimiento de esta superioridad ha provocado, en un pueblo naturalmente orgulloso, un recrudecimiento de exaltación nacional. En las altas clases de la sociedad, esta soberbia patriótica no se manifiesta apenas, contenida por una extrema cortesía. Pero en las clases bajas estalla imprudentemente. Hay que añadir á esto, además, que, aun después de los tratados que han abolido en el Japón la extraterritorialidad en favor de los extranjeros, los derechos de los europeos y de los americanos son en este país sensiblemente inferiores á los que gozan los japoneses en otras naciones; y que el pueblo japonés no concede más que una mediana importancia á la práctica de sus deberes hacia los extranjeros.

No es, sin embargo, este el verdadero, el profundo agravio que los yanquis tienen de los nipones. Concurrencia japonesa en China, nacionalismo japonés en el Japón, descortesía, todo lo soportarían, si no se encontrasen á los japoneses en su misma casa, en el territorio de la Unión. No es á la prosperidad, no es á la riqueza, no es al poder japonés, á lo que más temen: es á la inmigración japonesa, cada año más importante y cada vez más molesta; es á la intensidad, al método, á las consecuencias de esta inmigración. Además, esta inmigración considerable se concentra sobre una tierra de elección, la California. En California van á instalarse casi todos los *japs*. Son allí cuarenta ó cincuenta mil, al menos. Cuando se habla en Tokio de la California, se la llama el *Nuevo Japón*.

Los japoneses inmigrados son temibles concurrentes. Tienen la fuerza del número, pues la densidad de la población en el Japón es más de quince veces superior á la de la población californiana. Esta fuerza se duplica por la modicidad de los salarios en su país de origen. El odio de los obreros blancos, agrupados en poderosos sindicatos contra la concurrencia de los japoneses, se mantiene además por otras razones. Si los japoneses no se dedicasen más que á los trabajos elementales, dejando á los blancos las operaciones más complicadas y mejor retribuidas, el rencor de éstos sería quizá menos amargo. Pero el *jap*, primeramente agricultor ó sirviente, no se contenta con esto. Se le encuentra hoy en el pequeño comercio; algunos son verdaderos capitalistas, que poseen y dirigen grandes explotaciones. En las ciudades tienen sus *clubs*, donde se reúnen. Esta infiltración continua da ocasión á acusaciones de toda clase. Se acusa á los japoneses de practicar el espionaje comercial, político y hasta militar. Se asombran los yanquis de ver que muchos aceptan funciones manifiestamente inferiores á su cultura; de encontrar criados en cuyas habitaciones se hallan, por casualidad, libros de matemáticas ó de historia. Se cita la anécdota clásica del oficial de marina americano que descubrió en el comandante de un acorazado japonés á su antiguo *boy*. Se recuerda, por último, lo que ha pasado en las islas Hawai, donde el 66 por 100 de la población es japonesa, con sus mujeres y sus niños nacidos ya en el país, donde van adquiriendo tierras; y se preguntan los californianos si la California sufrirá igual suerte que las Hawai, americanas en apariencia, japonesas en realidad, *nuevo Japón*, base estratégica para más ambiciosos designios.

Esta era la situación de los californianos y japoneses, cuando estalló el año pasado el conflicto entre los yanquis y el Japón, imperio moderno, prodigiosamente atento á la defensa de sus derechos, singularmente armado para sostenerlos.

El Japón, que, aparentemente al menos, deseaba pactar una alianza con la gran República, se encontró sorprendido al reci-

bir la noticia de los primeros atropellos; y, en el mes de mayo de 1907 mandó al barón Ozawa para que se enterase de los sentimientos que predominaban en los Estados Unidos respecto á los nipones.

El barón Ozawa pudo apreciar que la animosidad de los californianos contra los hijos del Japón, hacía imposible la aproximación de ambos pueblos.

El 27 del mismo mayo se reprodujeron los atentados contra los japoneses, siendo asaltados y entregados al saqueo un restaurant y una casa de baños de la propiedad de aquellos. El 27 de junio fueron denegadas por la policía de San Francisco las solicitudes presentadas por cinco japoneses para seguir dirigiendo sus agencias de colocaciones é informes; y tantas llegaron á ser las muestras de animadversión, y aun de desprecio, que recibieron los nipones de aquel Estado, que, la actitud de los californianos y de sus autoridades, produjeron en el Japón un efecto desastroso.

En julio se acentuó la tirantez de relaciones, y, antes de que se rompieran, el gobierno de Washington acordó, reservadamente, enviar una flota á las aguas del Pacífico, á la vez que imprimía gran actividad á los trabajos de los astilleros de Filipinas y ordenaba el despido de los japoneses empleados en el de Olongapó.

Al hacerse público lo del envío de la escuadra yanqui al Pacífico, los estudiantes filipinos de la Universidad de Cornelli celebraron manifestaciones de simpatía hacia el Japón.

Mr. Taft fué á gestionar del Mikado que contuviese la emigración de los japoneses á los Estados Unidos; pero el 30 del citado mes de Julio fracasaron las negociaciones, por empeñarse la República americana en mantener la exclusión de los colies.

Los japoneses se enardecieron al conocer la noticia de tales exigencias, y el periódico de Tokío *Nidgi-Nidgi* publicó un artículo pidiendo una solución definitiva, que pusiera fin á los incidentes de California, ó respondiese á las insolencias de los Estados Unidos.

Rotas las negociaciones, no tardaron en repetirse los motines, que no seguiremos paso á paso porque se haría este trabajo interminable.

El 16 de diciembre salió de Hampton Roads la gran escuadra americana, al mando del almirante Evans. Iba precedida de los nuevos cruceros acorazados *Washington* y *Tennessee*, que fueron preparando los contratos de aprovisionamiento de carbón y de víveres.

Como vanguardia exploradora marchaban seis grandes torpederos, escoltados por un buque taller. Evans arbolaba la insignia de almirante en el acorazado *Connecticut*, al que seguían el *Luisiana*, el *Illinois*, el *Kentucky*, el *Georgia*, el *Arkansas*, el *Missurí*, el *Nueva-Jersey*, el *Ohio*, el *Virginia*, el *Kearzarge*, el *Minnesota*, el *Vermont*, el *Alabama*, el *Maine* y el *Rhode-Island*, total diez y seis acorazados, más cuatro grandes buques auxiliares y diez cruceros acorazados: *Manglanda*, *California*, *Colorado*, *Charleston*, *Pennsylvania*, *San Luis*, *Milwokee*, *Wisconsin*, *Nebraska* y *Virginia*.

La despedida de la escuadra del puerto de Hampton Roads, fué solemnísimá, después de la revista pasada por el presidente Roodsevelt á bordo del *May Flower*. Hizo escala esta poderosa flota en diferentes puertos de la América del Sud y el 7 de mayo del corriente año llegó á San Francisco de California.

Frente á una guerra que parecía inevitable con nación tan poderosa como la del Norte América, los japoneses no se intimidaban ni se preocupaban de las alianzas, que más bien repelían, ni aun se revestían de prudencia para aguardar el resultado de los acontecimientos, como lo prueba el discurso del conde de Okuma en aquellas circunstancias.

Durante todo el año actual, la prensa ha ido publicando diarias noticias de los asuntos yanqui-japoneses.

Después de tocar la escuadra de Evans en las Hawai, en Sidney, en Melbourne y en Manila, donde causó el asombro de los filipinos la vista de tantos barcos y tan grandes y sus continuas salvas de artillería, se presentó en las costas del Japón, siendo recibidos los marinos yanquis por los nipones y despe-

didos á su regreso á Filipinas, con tales muestras de cortesía y agasajos tales, que no se recuerda haya precedentes en el Japón de análogo recibimiento hecho á ningún extranjero.

No falta quien ha supuesto que los extremos de cortesía que se han dispensado á los yanquis en el imperio del Sol Naciente, se deben, no tanto á dicha ley de cortesía, como al efecto que en Tokio produjo la noticia de una próxima alianza entre los Estados Unidos y la China,

Pero sin necesidad de esto, que ignoro si será ó no cierto, hay que tener en cuenta que los pueblos proceden por instinto; pero los gobiernos y los jefes responsables deben pensar y razonar. Para hacer la guerra se necesita dinero. La crisis financiera por que está pasando en la actualidad el Japón, no es seguramente una preparación para la guerra. A juicio de monsieur Harnand, antiguo ministro de Francia en Tokio, donde pasó catorce años, si llegara á estallar la guerra, la escuadra japonesa derrotaría á la norte-americana de manera definitiva; pero, aun apoderándose los japoneses de las Filipinas y de las Sandwich ó Hawaii, la victoria no valdría hoy la pena y no libraría á los nipones de la más desastrosa bancarrota.

No estando en condiciones económicas favorables ¿dónde encontraría el Japón dinero para la guerra? Rusia lo encontró en los Estados Unidos y en Inglaterra; pero Inglaterra no tiene deseos de favorecer una guerra lejana y prematura, cuando constituye su preocupación el peligro alemán. Hay que tener en cuenta también que los japoneses van siendo los más terribles competidores de los ingleses en la India, en el mar de la China y en los estrechos de Malaca; y precisamente para favorecer el desarrollo económico del Japón, sus gobernantes necesitan retrasar la lucha con los yanquis. Necesitan también algunos años de paz para acabar la pacificación de Formosa, para organizar la Corea, para transformar las vias férreas de Antoung á Mukden y de Mukden á Sin-Min-tung, para crear en Manchuria y en Corea nuevas vias de comunicación.

Por otro lado, á los Estados Unidos no les conviene provocar la lucha, antes de terminar la apertura del canal de Panamá,

para lo que falta todavía mucho tiempo, á juzgar por el estado de los trabajos, según veremos en la conferencia que sobre la América ha de dar el Sr. Pomar. Este canal es de una importancia inmensa para la gran República, que tiene dilatadas costas en ambos mares, y no puede comunicar de uno á otro sino dando el gran rodeo que ha tenido que dar ahora la escuadra de Evans.

La cuestión nipo-americana es, pues, una cuestión abierta, cuya solución se ha aplazado por ahora, pero cuyas causas subsisten y han de tener su natural desenlace. Para ello seguirán preparándose ambas partes.

Los Estados Unidos están dando un considerable aumento á sus fuerzas militares, y pronto sufrirá una radical reforma la organización de su ejército.

El del Japón, que, antes de la guerra con Rusia se componía de doce divisiones y la de la guardia imperial, debe tener hoy, con arreglo al proyecto aprobado por las Cámaras, 19 divisiones, más la de la guardia, sin contar las tropas de Formosa. La artillería, caballería, ingenieros y todos los servicios se van organizando y completando. Se ha cambiado todo el material de Artillería de campaña, comprando á la casa Krupp la patente y una cierta cantidad de material nuevo, que, con ligeras modificaciones, se sigue construyendo en el arsenal ó fábrica de Osaka, bajo la inspección del general Arisaka. Han comprado también obuses de 15 y de 12, y cañones de 10 al Creusot y á la casa Krupp, para poner al completo el material de Artillería pesada. Y para hacernos cargo de la importancia que á la instrucción del ejército se da, bastará decir que el mes próximo pasado se han efectuado grandes maniobras en Naro, presididas por el mismo emperador Mutsu-hito, en las que han tomado parte 60.000 hombres, dirigidos por los vencedores de Puerto Arturo, Nogi y Fuchimi.

La escuadra japonesa se compone de 19 acorazados, 41 cruceros de diferentes clases, 134 torpederos y 12 submarinos. En 1911 ha de tener listos otros 6 ó 7 acorazados de la era de los Dreadnoughts y cinco cruceros acorazados del mismo tiempo.

Algo superior en tonelaje es actualmente la escuadra americana; pero no tiene como aquella la ventaja de poder estar siempre agrupada en un solo mar, como sucede también en Europa á la alemana. Además, la marina japonesa está admirablemente instruida. La cohesión, la unidad moral y la disciplina, están también de parte de los nipones.

Al alarde de fuerza naval de los yanquis, que han pretendido asombrar al mundo, responden los japoneses con unas maniobras, que deben estarse verificando este mes, en las que toman parte 190 buques, con 420.600 toneladas. La escuadra americana ha vuelto á salir de Manila, con dirección al Japón y China, para asistir á estas maniobras navales. El tonelaje total de los barcos americanos que han de presenciárlas, es de 226.000.

Después de un año de viaje, la poderosa escuadra de Evans llega al mar Amarillo, donde se ha de encontrar, frente á frente, con su rival, más poderosa aun, en plan de pacíficas maniobras.

Este es el siglo de los arreglos, convenios y tratados internacionales, de las conferencias de la paz, de las *ententes cordiales*. Las naciones de intereses más encontrados, después de armarse hasta los dientes, y de enseñarse mutuamente las uñas, acaban por darse un abrazo. Así tenemos convenios con Marruecos y sobre Marruecos, anuncios de conferencias para la cuestión de Oriente, tratados de Francia con Inglaterra y de Inglaterra con Rusia; conferencias de Algeciras y de la Haya; y sobre esa candente cuestión del Extremo Oriente, además de los tratados de Inglaterra con China y con el Japón, y del Japón con Rusia, se anuncian hoy tratados de Alemania con el Japón, de los Estados Unidos con la China y del Japón con los Estados Unidos. Dícese que ese *modus vivendi* que se está elaborando entre yanquis y nipones, se basa en el desarrollo pacífico del comercio entre ambos países, garantizándose el respeto á las posesiones territoriales recíprocas y definiendo á la vez su actitud en lo que á China se refiere.

En cambio, por otra parte, se atribuyen al emperador Guillermo las manifestaciones de que Inglaterra, aliada con el Ja-

pón, hace traición á la raza blanca; que, como consecuencia, acabará por perder las colonias, pues el Japón fomenta el terrorismo en la India, mientras que los Estados Unidos y Alemania, á fin de librarse del peligro japonés, se entienden para guardar una actitud amistosa con respecto á China, protegerla y asegurar la integridad de su territorio, añadiendo que América se verá forzada próximamente á hacer la guerra al Japón, y que se habrá de armar la raza mahometana para cooperar con los europeos á la lucha mundial contra la invasión amarilla.

Resulta ahora también que, al mismo tiempo que la escuadra de Evans hacía su lucida y resonante manifestación, el país de *los ojos de almendra* enviaba en un modesto barco, el *Kusato Maru*, una comisión exploradora que, recorriendo las mismas costas de América, levantaba planos, acumulaba datos y hacía los estudios preliminares para la invasión comercial de su país. Particular interés han tenido los japoneses, que se detuvieron bastante tiempo en las pampas salitreras de Chile, en realizar su labor silenciosamente, en contraposición al boato con que se paseaban los acorazados yanquis.

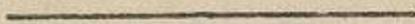
Día vendrá en que, generalizándose el problema amarillo, la inmigración japonesa molestará á los Estados Unidos en las dos Américas. Al presente, la inmigración en la América del Sud es aun poco considerable; pero empieza ya á tomar esta dirección. En Méjico, en el Brasil, en la Argentina, faltan brazos: los obreros japoneses serán aceptados, hasta el día que llegue á parecer que ocupan demasiado sitio. Del mismo modo, en las Hawai, en las Filipinas, en Alaska, las dos razas chocan ó chocarán. Ni una ni otra está dispuesta á ceder. Los americanos, con sus intereses amenazados y su orgullo lastimado, declaran que no se dejarán *comer por los monos amarillos*.

Cual enorme mónstruo que extiende sus tentáculos en todas direcciones, el peligro amarillo se va desarrollando bajo la forma de japonización de la China, la Manchuria y la Corea, de anulación de la influencia rusa, de pretensiones sobre la Indo-China, de agitación antibritánica en el Indostán; alcanzan las miradas de este mónstruo, por un lado, hasta el Océano Indico

y hasta Europa; por otro atraviesan el Pacífico y se extienden sobre ambas Américas.

Sólo nos falta saber por donde estallará el conflicto.

¿Será la primera víctima el coloso de América, después de vencidos el de Europa y la nación más grande del Asia?



ERRATAS

En la página 12, línea 5.^a, donde dice Escrútari, debe decir Escútari.

En la página 41, línea 26, dice Sim-ma-tenno en vez de Jim-mu-tenno.

Precio: 1'50 ptas.

El producto de la venta se destina al sostenimiento del Museo del Ateneo.